

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 26 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

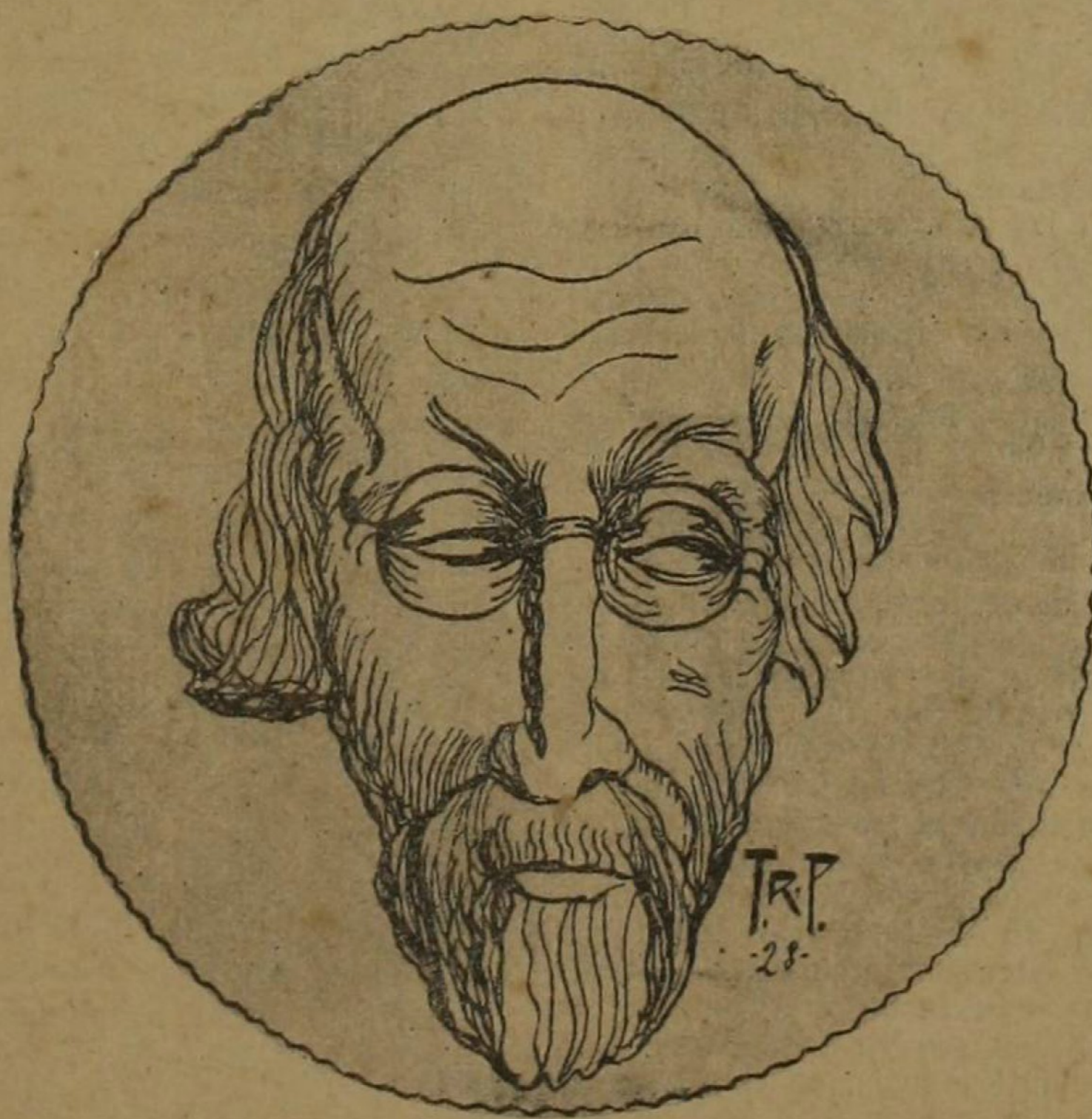
Una prueba centenaria	B. Sanin Cano	La Doctrina Monroe y el Movimiento Obrero (3)	Vicente Lombardo Toledano
Maeztu, ayer y hoy	José Carlos Mariátegui	Una mujer	Horacio Quiroga
Comprimidos de vida	Lydia Bolena	Abrimos un concurso	Rep. Am.
Palabras	Alfonso Reyes	Aclaración	Carlos Vilella Niqui
Página lírica	Rosa García Costa	Tablero (1928)	
Los jóvenes de Platón (1)	Hipólito Taine		
Con Diego Rivera (y 5)	Rafael Estrada		

A su muerte, hace 33 años, Hipólito Taine empezaba a gustar las amarguras de la impopularidad. Por una transformación de que hay varios ejemplos en el pasado siglo y en el presente, después de haber dedicado todo su amor y diligencia a los estudios filosóficos, a la literatura y al arte, en los días de su madurez la inteligencia severa y disciplinada del gran normaliano puso la vista en los complicados fenómenos de la política francesa del momento, y se dedicó con la probidad de que siempre dió muestras a determinar la fórmula del desarrollo histórico y social de Francia. Se decía, hablando consigo mismo: «Me proponían que fuera realista o republicano, demócrata o conservador, socialista o bonapartista; yo no era de ninguna de estas opiniones, no era nada en rigor, y a veces envidiaba a tantas gentes convencidas que tenían la felicidad de ser algo». En ese tiempo a Taine le bastaban la ética de Spinoza, rígida como las demostraciones geométricas, la filosofía de Hegel, que reducía todo el saber humano a una triple operación del pensamiento; las obras de Shakespeare, que convierten al mundo en un escenario donde los hombres exageran un tanto sus pasiones para que el espectador las observe con mayor eficacia y provecho no sin gozar de la belleza del espectáculo; las visitas a las galerías de pintura en Italia, en los Países Bajos; la contemplación de la naturaleza en los Pirineos, donde la variedad infinita de perspectivas en una gama eternamente variada de colores y formas le daban alimento a un apetito desordenado de sensaciones de arte. Pero la vida hubo de enseñarle pronto que no es posible hallar satisfacción completa en aquellos estudios y actividades, sobre todo cuando el escritor posee una conciencia rígida de sus deberes sociales.

La meditación sobre la vida

Una prueba centenaria

Hace 33 años



Taine

(Visto por J. Rodríguez Páramo).

política de su país, el espectáculo de una gran catástrofe, las dificultades de todo género entre las cuales se movía la tercera república, le impulsaron a preparar la documentación necesaria para escribir la historia de Francia, de acuerdo con la idea que él se había formado de la manera como deben llevarse a cabo esta clase de trabajos. «Será preciso», decía él, para escribir esa historia, «invertir los métodos ordinarios y figurarse la nación antes de redactar su constitución». La primera de estas dos operaciones requiere largos estudios, observaciones continuas,

expuestas a frecuentes rectificaciones; pesquisas en lo pasado y lo presente sin descuidar los dominios del pensamiento y de la acción. Taine se dedicó a ella con la tenacidad del sabio y la consagración del hombre de estudio. En 1875 salía a luz el primer tomo de los *Origines de la France contemporaine*, bajo el título del *Ancien Régime* y con largos intervalos fueron apareciendo los tomos restantes hasta el último, publicado en 1890, cinco años antes de su muerte.

Esta obra le había hecho impopular. Su absoluto desinterés, su buena fe incontrastable le

iban enajenando la voluntad de antiguos amigos y la admiración de quienes le habían hecho objeto de ella tan sólo por las obras suyas de crítica y de historia del arte que habían leído. Su examen de las corrientes históricas francesas y de las influencias de todo género a las cuales había obedecido el espíritu francés en su desarrollo político, lastimó prejuicios muy antiguos y muy respetables, horadó nociones falsas muy extendidas, socavó las bases de muchas reputaciones, destruyó leyendas militares e hizo tabla rasa de muchos valores morales que parecían definitivamente aceptados.

Se le cerraron muchas puertas y perdió el afecto de algunos camaradas. Y él, que había sido siempre poco amigo de prodigarse, en los últimos años de su vida realizó sus aspiraciones a un aislamiento casi completo. Acaso saboreaba en el silencio de su retiro los placeres de la impopularidad. Mientras habló de libros, de cuadros, de la naturaleza y de la vida contemporánea, se ganaba amigos y admiradores con cada obra nueva que salía con su nombre, o al aparecer de sus artículos en los grandes diarios de París, en la solemne *Revue des Deux Mondes*, o en la callejera y libertina *Vie Parisienne*, de colaborar en la cual no se desdénaba.

Su caso no es aislado. Parece que los tiempos demandan estos sacrificios y se los imponen al hombre de letras en nuestros días. Faguet escribía en sus últimos años obras de análisis político sobre las ardientes cuestiones que agitaban a los hombres de esos tiempos; Lemaitre no pudo sustraerse a las flaquezas del nacionalismo francés; el doctor Dillon, en Inglaterra, abandonó sus aficiones y su cátedra de orientalista para estudiar, como corresponsal de los grandes diarios de Londres, el juego de los intereses políticos en las capitales del centro y

SALAZAR
LIMON

del oriente de Europa. A medida de la transformación fundamental que se preparaba en el mundo cristiano y que presentían instintivamente o por sabia deducción los talentos salientes de una época de equilibrio inestable, cambiaban de rumbo los literatos que hacían de la historia de las ideas el alimento de sus cerebros.

Ninguno llevó a cabo en sí mismo esta necesaria transformación con tan bello concepto de su deber ni con muestras de valor más sereno que el autor de los *Orígenes*. Después de haber aplicado a las obras de arte y a los grandes talentos literarios su teoría del medio, del ambiente y la raza con un rigor que le hizo aparecer como hombre de sistema, volvió, sin cambiar de método ni de principios, sus miradas hacia la evolución política de su patria y hacia los hombres que la habían impulsado o que con su poder habían puesto graves obstáculos al desenvolvimiento de su destino manifiesto.

En dos obras especialmente puso todo su genio: *De l'intelligence*, en que dejó testimonio de los conocimientos de su época sobre el complicado mecanismo del conocimiento, y *Les origines de la France contemporaine*. Del punto de vista literario su análisis de la obra de Lafontaine, sus *Essais de critique et d'histoire* y la *Histoire de la littérature anglaise*, son las más populares de sus obras y acaso la más características de su genio literario. Fue un gran filósofo naturalista. Los hombres de letras le tuvieron por espíritu dogmático. A los que le tachaban de obedecer rigurosamente a los preceptos de un sistema les contestó victoriosamente que él no había inventado otra cosa que un «método». Su teoría de las tres influencias o la otra de la facultad dominante, que usadas por él y aplicadas a ciertas épocas y a hombres determinados dieron resultados sustanciales en la biografía y en la crítica literaria, no eran, al decir de su propio inventor, más que un método de investigación. Usados por manos menos expertas sus principios y sus procedimientos tuvieron la frialdad del mero prurito dialéctico.

Entre la fecha de su muerte y la de su centenario (1) la obra de Taine ha sido sometida a un severo análisis y la fama del autor ha sufrido un eclipse parcial. No se puede negar, sin embargo, que a pesar de las limitaciones señaladas en su filosofía del arte por críticos más o menos desinteresados, la actividad intelectual de Taine ejerció sobre los contemporáneos un influjo de que hay rastros luminosos no sólo en los hombres eminentes sino en la formación de escuelas, en el rumbo de las corrientes literarias y en las formas del arte. La reacción contra las exage-

raciones del romanticismo, la obra entera de Flaubert, las teorías de la escuela naturalista; las realizaciones de los pintores que en Francia lograron fijar la luz y reproducir en sus cuadros las tonalidades de la atmósfera, fueron resultado de la visión nueva del arte que explicó en sus obras el gran filósofo naturalista.

Pocos escritores antes de él habían puesto en circulación tan gran número de ideas y de nuevas sensaciones. Se había absorbido casi toda la ciencia de su época, y, ayudado por una memoria obediente y metódica, había logrado aglomerar y tenía a su disposición una multitud de hechos, agrupando los cuales, según las exigencias del razonamiento, y las de un lúcido procedimiento de inducción, formulaba ideas generales de un fulgor apacible y de una fecunda originalidad.

Cuando espíritus desasosegados e inadecuadamente provistos de material científico, a la manera de Brunetiére y de Arthur Balfour, emprendieron la graciosa y temeraria campaña destinada a probar el fracaso de la ciencia, Taine fue a pesar de ellos la víctima escogida para el sacrificio por una gran parte de la opinión inadecuadamente informada, pero lo mismo el crítico francés que el impertérrito autor de los *Fundamentos de la creencia* seguían con una fidelidad mal encubierta los métodos del sacrificado. Brunetiére titula uno de sus libros *la Evolución de los géneros*, como para dejar prueba, sin saberlo, de dónde arrancaba su pensamiento.

El estilo de Taine es acaso lo más personal y lo más censurado de su obra. Fortunat Strowski en la *Histoire des lettres*, citando la frase de Taine en que el maestro hablaba de su lucha entre dos tendencias, una que le impulsaba a alinear las ideas como Macaulay, y otra que le exigía la impresión viva de Stendhal, dice: «El resultado de esta lucha son amplios y sólidos párrafos, demasiado voluntariosos, que contienen a la vez la idea y la imagen, las cuales se desarrollan paralela y metódicamente en forma doble, ya como pintura a la manera de los artistas, ya como construcción a la manera de los razonadores, en una lengua firme y sabrosa, con algunos toques de color romántico, pero con una solidez cargante, un *appuyé* que desespera». En verdad a quien usa el estilo de esta cita la frase de Taine debe resultar intolerable. Para disminuir el encanto de la prosa en el autor de la *Filosofía del arte*, es usual compararle con Renán. El contraste es manifiesto. El estilo del historiador del pueblo israelita obra sobre la inteligencia como un filtro, en tanto que la frase de Taine es un tónico y un reconstituyente. Renán fascina, el autor de *L'intelligence* predispone a la acción y vigoriza la facultad

razonadora. El estilo de Taine se recomienda sobre todo por sus virtudes de claridad y fuerza. En ocasiones la frase comunica la sensación de un mecanismo sencillo, admirablemente dispuesto para producir un efecto determinado que por lo general es una idea luminosa. De su inteligencia se dijo que era una retorta para decantar ideas generales.

En el día de la prueba centenaria a que la posteridad le somete, el bondadoso maestro,

ejemplo de probidad intelectual, de respeto a la vida y a la ciencia, podría decir incorporándose, al ver el desastre de la civilización europea, la pobreza de las artes y de la literatura, el menosprecio en que han venido a quedar los valores de cultura tan apreciados en su tiempo, lo que dijo Flaubert, contemplando a París, en 1871, después de la comuna: «Todo esto es el resultado de no haber leído y comprendido mis obras».

B. Sanín Cano

(*El Espectador*. Bogotá.)

De Taine podemos proporcionar al lector estudioso estos libros:

<i>Notas sobre París</i> (1 vol. pasta).....	¢ 2.75
<i>Filosofía del arte</i> (2 vols. pasta).....	5.75
<i>Notas sobre Inglaterra</i> (1 vol. pasta).....	3.00

También los hay en rústica.

Maeztu, ayer y hoy

AUNQUE «es obvio que un Embajador no puede entrar en polémicas periodísticas», el señor Maeztu ha creído necesario responder al artículo en que yo examinaba el proceso y las razones de su adhesión a la dictadura de Primo de Rivera, porque «puede y debe rectificar una inexactitud». La inexactitud en que yo había incurrido, y que el señor Maeztu en una carta a don Joaquín García Monge, director de *Repertorio Americano*, califica de cronológica, se encontraría en el párrafo siguiente: «El reaccionario explícito e inequívoco no ha aparecido en Maeztu sino después de tres años de meditación jesuítica y de duda luterana. Para que el pensamiento de un intelectual formalmente liberal y orgánicamente conservador, haya recorrido el camino que separa la reforma de la reacción han sido necesarios tres años de experiencia reaccionaria, planeada y cumplida de modo muy diverso del que habría sido grato a un especulador teórico. El hecho ha precedido a la teoría; la acción a la idea. Maeztu ha encontrado su camino mucho después de Primo de Rivera». Son estas las palabras de mi artículo que Maeztu copia para contradecirlas. Y su artículo se contrae a sostener que «el cambio central de sus ideas» o mejor la «fijación de sus ideas fundamentales» data de 1912. Hasta entonces Maeztu había escrito indistintamente en periódicos li-

berales como *El Herald de Madrid* y conservadores como *La Correspondencia de España* y, consecuente con la fórmula favorita de los hombres del 98 «escuela y dispensa», no se había preocupado gran cosa del problema de derechas e izquierdas. Posición que corresponde, en propiedad, a un intelectual formalmente liberal y orgánicamente conservador, como yo me he permitido definir al señor Maeztu.

Mi ilustre contradictor no niega, precisamente, el cambio. Y ni siquiera lo atenúa. Lo que le importa es su cronología. Mi inexactitud no sería de concepto sino de fecha. El «reaccionario explícito e inequívoco» no ha aparecido en Maeztu después de tres años de experiencia reaccionaria sino mucho antes de la experiencia misma. ¿Cuándo y cómo? He aquí lo que Maeztu trata de explicarnos. La cronología de su conversión es la siguiente: En 1912, de regreso de Londres, se encontró con que un militar amigo suyo, persuadido por un libro de Mr. Norman Angell de que la guerra no es negocio, se había vuelto pacifista. Los libros de Mr. Norman Angell fueron, diversa y opuestamente, el camino de Damasco, de Maeztu y su amigo militar. El militar se desilusionó de la guerra y la fuerza; el escritor, por reacción, comenzó a enamorarse de ellas. Y el día en que descubrió que la fuerza tiene que ser un valor en sí misma, ese

1 Nació Taine el 21 de Abril de 1828 en Vouziers, Francia.

día — son sus palabras — pudo advertir que «se había alejado definitivamente del sector de opinión que actualmente lo combate». En 1916 publicó en inglés un libro, traducido en 1919 al castellano con el título de *La crisis del Humanismo*, que contiene sustancialmente todo su pensamiento de hoy.

Conforme a esta versión, psicológica e intelectualmente sincera, sin duda alguna, a pesar de provenir de un Embajador, la conversión de Maeztu ha sido en gran parte accidental. Sin la claudicación de un militar honesto y sedentario, capaz de interesarse por las ideas de un pacifista inglés, Maeztu no habría leído con atención los libros de Norman Angell. Y sin meditar en estos libros no habría llegado — al menos, tan pronto — a las opiniones expresadas en *La crisis del Humanismo*. Se trata de una conversión totalmente causal, vital, pragmatista y polémica. En esto Maeztu descubre la filiación íntimamente protestante y británica de su mente y su cultura. Y he aquí factores más serios de su cambio que el encuentro del militar pacifista y desilusionado y la lectura meditada de *La Gran Ilusión*. Más o menos lo mismo que al señor Maeztu en este siglo, le sucedió a la Gran Bretaña en el siglo pasado. La Gran Bretaña era pacifista en la época del apogeo de las ideas librecambistas y manchesterianas. Y Gladstone, liberal, acabó practicando en el poder, sin embargo, una política imperialista. Y Chamberlain, antiimperialista de origen y de escuela, se transformó como Ministro de Colonias, en apóstol del imperialismo. Terminado el período de revolución liberal — y, por ende, de emancipación política de los pueblos —, liquidados o reducidos a modestos límites los imperios feudales, Inglaterra advirtió que su interés había dejado de ser anti-imperialista. La concurrencia de nuevos imperios capitalistas como Alemania, la obligaba a asegurarse la mejor parte en la distribución de las colonias. El capitalismo británico se tornó agresivo, conquistador y guerrero, hasta precipitar la guerra mundial en la forma que todos sabemos. El señor Maeztu, que formal o teóricamente había permanecido hasta 1912 fiel a una filosofía

más o menos liberal, humanista y rouseauniana, estaba ya espiritual y aún racionalmente demasiado impregnado del nuevo clima y del nuevo sentimiento del imperialismo británico. El militar pacifista y Mr. Norman Angell son menos responsables de lo que el señor Maeztu cree.

En *La crisis del Humanismo*, el señor Maeztu no se revelaba solo contra las ideas políticas, sociales y filosóficas que se habían engendrado al impulso del movimiento romántico iniciado por Rousseau. Sus tiros, según él dice, iban más lejos. «El culpable del romanticismo era el humanismo, el subjetivismo de los siglos anteriores y del Renacimiento, por el que el hombre había tratado de convertirse en la medida de todas las cosas, del bien y del mal, de la verdad y de la falsedad». Más o menos así razonan también los ideólogos fascistas. Su condena no se detiene en el demoliberalismo burgués: alcanza al Renacimiento, a la Reforma y al protestantismo, después de hacer justicia sumaria de la Enciclopedia, Rousseau y la Revolución Francesa. Pero el señor Maeztu, inveterado y recalcitrante admirador de las creaciones del genio anglo-sajón — y por consiguiente, del capitalismo y el industrialismo, de la grandeza y del poder de Inglaterra y Estados Unidos — no puede asumir esta actitud sin contradicción flagrante con algunas de sus opiniones más caras. Al señor Maeztu le debemos sagaces críticas del ideal de Rodó, inteligentes interpretaciones del espíritu puritano y de su influencia en el fenómeno yanqui. No puede arribar, por consiguiente a las mismas conclusiones que un neo-tomista francés o un nacionalista italiano. Condenando «el humanismo y el subjetivismo de los siglos anteriores y del Renacimiento», el señor Maeztu condena la Reforma, el protestantismo y el liberalismo, esto es, los elementos religiosos, filosóficos y políticos de los cuales se ha nutrido la civilización capitalista, fruto de un régimen de libre concurrencia. La Reforma representó la ruptura entre el mundo medioeval y el mundo moderno. ¿Y qué es, en último análisis, el protestantismo, sino ese subjetivismo o, mejor, ese individualismo que el señor Maeztu repudia?

En el terreno de la doctrina y de la historia, se le podrían dirigir al señor Maeztu muchas interrogaciones embarazantes. Pero esto no cabe dentro de los límites forzosos de mi réplica. El señor Maeztu ha rectificado una «inexactitud cronológica». Y a esta rectificación debo contraerme sosteniendo que la inexactitud no existe. Es, en todo caso, una inexactitud subjetiva, que tiene realidad y valor sólo para el señor Maeztu. Pero objetiva, históricamente, no tiene realidad ni valor algunos. Yo no he dicho que todas las ideas actuales del señor Maeztu sean posteriores a tres años de dictadura española. He dicho sólo que el reaccionario *explícito e inequívoco* no ha aparecido en él sino después de esos tres años. Poco importa que en *La crisis del Humanismo* estuviese ya, en esencia, toda la filosofía actual de su autor. ¿No he definido acaso al Maeztu de ayer como un intelectual formalmente liberal y *orgánicamente* conservador? Maeztu había adquirido, antes de *La crisis del Humanismo*, un concepto, que él llamará tal vez realista, de la fuerza. Pero esto no fija-

ba todavía totalmente su posición política. Hace sólo cuatro años, en artículos de *El Sol*, de los cuales recordaré precisamente uno titulado *Reforma y Reacción*, atribuía toda la responsabilidad del momento reaccionario que atravesaba Europa a la agitación revolucionaria que lo había antecedido. Hasta entonces no había abandonado aún del todo, ideológicamente, el campo reformista. Esto es lo que he afirmado. Y en esto insisto.

Me explico que a un hombre inteligente y culto como el señor Maeztu, con el orgullo y, también, la vanidad, peculiar del hombre de ideas, le moleste llegar con retardo respecto de Primo de Rivera, por quien no puede sentir excesiva estimación. Pero el hecho es así, cualesquiera que sean las atenuantes que se admitan. Y mi tesis es ésta: que el destino del intelectual — salvo todas las concepciones que confirman la regla — es el de seguir el curso de los hechos más bien que el de precederlos y anticiparlos. Lo que no obsta para que la Revolución sea, en gran parte, obra de intelectuales.

José Carlos Mariátegui

Lima, Perú.

Cuento

Comprimidos de vida

Las heroínas...! ¡Imbéciles! Yo tengo una...vale más que la de ustedes...más. Ja ja ja...!

Jaime Santos, beodo consuetudinario, gritaba en la plazuela donde, por los festejos oficiales en honor de Pola Salavarrjeta, se había aglomerado gente de toda especie. Su voz enronquecida y gangosa se perdía en el vocerío general, bajo el estridente golpear de los cobs de la banda de música que iba y venía ejecutando los himnos patrióticos.

Entre los borrachos que servían de hazmerreír a los chicos errabundos era el menos principioso y el más inofensivo. Las zurribandas alguacileskas poco o nada tenían que ver con él y si acaso, de vez en vez, cuando algún desfallecimiento súbito le hacía caer como una piedra sobre la vía pública, se le lleva a rastras hasta los bancos de alguna Inspección durante un par de horas.

Era un hombre ya maduro que había rodado al vicio con cierta voluptuosidad y entre sus abismos, como en los brazos de una amada cariñosa, se refocilaba en completo estado de inconsciencia. La intoxicación alcohólica manifestábasele abiertamente en el temblequear de las manos, lo turbio de la mirada y la pesadez de sus párpados siempre en continuo amago de sueño. Tendido sobre uno de los bancos patirrotos del atrio pasaba la siesta y hasta las noches. No se le conocía labor alguna ni nadie lo vió nunca guardar ni sacar centavo, no obstante ingería aguardiente todos los días en buena cantidad, porque, como él aseguraba entre hipo e hipo:—Hay más quien brinde copa que sopa.

Al atardecer, despejada ya la plaza de la muchedumbre, el borracho Jaime volvió a gritar entre un grupo de curiosos que le rodeaba:

—Heroínas no son sólo las que mueren en el banquillo... ¡Imbéciles! Hay otras... a quienes nadie conoce... ni se festejan... ¿Quieren saberlo? ¡oiganlo. Yo... yo ¿quién se ríe...? Fuí Capitán en la revolución de Gaitán Obeso y duré encerrado como un ratón en las bodegas de Cartagena, muchos meses, enfermo y con hambre... me sostenía el deseo de volver a mi casa, ver a mi mujer y a mi hija, mi muchachita que tenía cinco años, bonita como un sol y que era el delirio de mi corazón. Yo les escribía siem-

pre: «Sin ustedes ya me habría partido la cabeza contra estos paredones»... Un día recibí una carta fechada el 5 de Mayo de un amigo que me decía: «Regreso del cementerio de enterrar a tu niña. Pobrecita! Se la llevó una fiebre violenta. Ten paciencia»; y otra, atendida bien, escrita por mi pobre mujer, al día siguiente, fecha 6 de Mayo, que en letras borrosas me decía: «Jaime, no te desesperes, estamos buenos todos. La niña... te recuerda... Siempre bonita y contenta». ¡Digan, imbéciles! ¿no fué ésa una heroína?

Lydia Bolena

(Colombiana)

Palabras del Embajador de México, D. Alfonso Reyes,

al descubrirse la placa de bronce en la Calle de México,
el día 21 de Abril de 1928 a las tres de la tarde

Señor Intendente:

El acto que hoy nos congrega, que yo os agradezco en nombre de mi pueblo y de mi Gobierno, y que nos da tan grata ocasión para insistir sobre la vieja amistad y la creciente simpatía que unen a nuestras Repúblicas, viene a ser, para la calle de México, algo como una confirmación de lujo después de un íntimo bautizo.

En efecto: con esa amena y minuciosa ciencia de Buenos Aires que poseéis, señor Intendente, como pocos, y que hace de vuestra conversación un viaje entretenido a través de la historia de la región porteña—conversación en que las noticias pacientemente espigadas por los documentos casan tan a punto con los recuerdos personales, y todo pára en una visión sintética de la ciudad, de la ciudad en marcha a través del tiempo, que contentaría ciertamente a los poetas unanimistas,—me habéis hecho saber que esta calle aparece con el nombre de San Bartolomé en los planos de 1769; con el de Agüero en los planos de 1808; y finalmente con el nombre de México en los de 1822.

Quiere decir, que los tutores de la ciudad de Buenos Aires madrugaron tanto como la misma independencia mexicana (iniciada desde 1810, pero sólo conquistada definitivamente en 1821)

para consagrar a mi patria un recuerdo, inscribiendo su nombre en las piedras de una calle, y de una calle céntrica, porque lo era en aquellos años.

Y sin decir nada contra el monumento, que es la ofrenda desinteresada del arte a la memoria de un hombre, de un hecho o de un pueblo, diré que no vale menos esta conmemoración—mucho más modesta en la apariencia, pero acaso más profunda en la esencia—que consiste en ofrecer al recuerdo el nombre de una calle.

El nombre de una calle se asocia más que el monumento a la vida de los vecinos; entra en los hábitos cotidianos de la gente, va formando un nuevo relieve en la topografía moral de las poblaciones. En la geo-

metría de Buenos Aires, esta línea, esta cordenada: la calle de México, servirá siempre para fijar el punto y momento en que la Ciudad del Plata colinda con la antigua Ciudad de los Palacios, al menos en la zona de la intención, del ánimo, del espíritu.

Y debo confesar que en esta demarcación del recuerdo fuisteis más solícitos que nosotros. —Las calles escogidas, las suntuosas plazas que ahora evocan, en México, los nombres de vuestra gran República, datan de hace poco: fué menester, para bautizarlas y ofrecerlas, que una profunda conmoción social, removiendo nuestra sensibilidad histórica, nos despertara—después del marasmo de una larga paz que empezó por ser efecto del orden y acabó por ser causa de una dañina somnolencia—al sentimiento de nuestra vinculación con las Repúblicas hermanas. Y entonces vino a nacer por todas partes un vasto apetito de comunicación y de entendimiento con las naciones que el destino hizo gemelas; y, en el orden de las cosas municipales, comenzaron a aparecer las fuentes públicas, las estatuas, las inscripciones consagradas a la amistad argentina, aunque para ello fuera preciso sacrificar tal vez alguna leyenda pintoresca en que se fundaba el nombre heredero de tal o cual rincón de la ciudad.

Y veamos cómo, señor Intendente, al descubrir el bronce en que el arte sobrio y preciso de la escultora Elena Guarnaccia Altamira perpetúa el nombre de México, descubrimos también, en nuestras conciencias, el rumbo para reflexiones provechosas.

Los romanos—supersticiosos de genio—ponían bajo la advo-

cación de pequeñas divinidades tutelares lo mismo sus vías públicas que sus moradas domésticas; y todavía nos parece muy bien que el hombre lleve, a todos los sitios que frecuenta, una sospecha de su relación con lo eterno. Esta manera de asociar lo inmediato con la mediato y lo distante—cuando, como en el caso, se refiere a un sentimiento de cordialidad entre dos pueblos—forma parte de la educación del ciudadano, puesto que lo enseña a sentir su convivencia con los demás hombres, aunque sea con los que habitan al término de un penoso viaje.

A lo largo de vuestras calles, tan compuestas por el decoro municipal, tan plétóricas de actividad y trabajo que no pierden ese aire de nervioso vaivén ni envueltas en las blandas emanaciones del río, una mano ha trazado el nombre remoto, —remoto, aunque cercano, a la hora en que se buscan los saldos de nuestros dolores y de nuestras esperanzas nacionales comunes.—De cada cien viandantes, para quienes el letrero de la calle haya venido a ser tan borroso como una moneda usada, habrá uno que, inconscientemente, piense unos instantes en México:

—) A su mente acudirán las noticias atropelladas, malas y buenas, que el azar o el interés difunden, a propósito de México, por el mundo. Pero sepa el viandante y tenga por cierto que, en la combatida y hermosa ciudad del águila y de la serpiente—donde el aire, a fuerza de transparencia, parece siempre recién bañado en los lagos de Anáhuac; donde el granito rojo de las casonas coloniales hace fiestas al sol; donde la alegría de las cúpulas de azulejos (las más bellas del mundo) se destaca sobre el horizonte plateado de cada tarde,—ninguna de las estrellas del cielo se ha extinguido por el hecho de que el pueblo mexicano esté resuelto a procurar que la vida humana sea más digna de ser vivida, más justas y más piadosas las instituciones, y que las calles de la ciudad sólo vean desfilar un día lo que yo deseo ahora para vuestra calle de México: hombres libres, y hombres contentos con su pequeña porción de las felicidades terrestres.

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas
de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

Página lírica

de Rosa García Costa

=Del tomo *La simple canción*. Barcelona. 1917 =

Madrigal de los ojos oscuros

...Tus ojos me confunden:
tu mirada no sé qué misterio atesora,
que en su lumbre divina se amalgaman, se funden
la sombra de la noche con la luz de la aurora.
¡Que siendo tan oscuras tus pupilas serenas
de ese fulgor supremo puedan estar tan llenas!
Yo me digo:—¿Por qué combinaciones raras
a la vez pueden ser tan negras y tan claras?

La nave

He visto pasar a lo lejos
tu nave: la he visto pasar.
Del sol los dorados reflejos
hacían la vela brillar.

La vela sagrada, la vela
que impulsa en el mar a la nave;
la vela de plata que vuela
—el ala de nieve del ave—

Pasaba a lo lejos, y era
esquife divino, galera
cargada de lirios bermejos,

florida de rosas de aurora.
—¿Y ahora...—pregunto—y ahora
que he visto tu nave a lo lejos?...

Ingenuidad

Estaba yo leyendo a Delarue (Lucía),
y una voz, de los átomos de mi ser emergía,
misteriosa y suprema:—¡Yo también soy mujer!—
Pero otro acento incógnito, desde lo más profundo
de mí—¡Chst!...—ordenaba, negativo y rotundo.
Sé el motivo por qué
la primera voz, clara y orgullosa, surgía;
mas por qué la segunda voz así me advertía,
eso no que no sé.

Sencillez

El domingo a la tarde, las muchachas pasean.
Yo dejo mis lecturas un poco, para verlas.
Hay una que me gusta mucho más que las otras:
(casi no las conozco, pero yo sus historias
como en abiertos libros, en sus miradas leo).
Es grácil, blanca, suave como una flor de ensueño.
Siempre parece triste
con sus pupilas claras que tantas cosas dicen.
No es amiga, y quisiera yo que mi hermana fuera
porque mira a lo lejos, porque es triste y serena.
Dijéronme:—«Es pianista: dará un concierto pronto.»
...El alma de Chopin se asomaba a sus ojos...

Una vez, por la senda...

Una vez, por la senda de tus negras pupilas,
llegué hasta el paraíso secreto de tu alma.
Y había tal ambiente de reposo y de calma
en las moradas gratas, silenciosas, tranquilas;
una quietud tan dulce y una paz tan serena!
¡Y aquella claridad de alborada que había!
Mi alma estaba suspensa de placer, y sentía
un olor de azucena.

La súplica

¡Un ruego silencioso, tan suave es mi plegaria!
En el desierto lago del alma solitaria
erige su blancura doliente y ofrendaria.

Para tender el vuelo de sus dulces conjuros
serenamente apresta sus alas de paloma:

en dos lágrimas tímidas a los ojos asoma
y en un sollozo leve muere en los labios puros.

Las manos

Acaso ellas hablaron con acentos más sabios
en su excelso mutismo, que los trémulos labios.
Quizá fué más intenso su silencioso ruego
Que el de las bocas cálidas y los ojos de fuego.

Que al latir las promesas en las almas afines,
se dijeron las manos las palabras secretas,
cuando fué la caricia de sus sedas inquietas
como un deshojamiento de nardos y jazmines.

Nada

Estaba yo muy triste porque no le veía,
porque no le sentía,
porque no le sabía,
porque no le tenía.

...Y después, otro día,
dijéronme:—Se ha muerto...

=Del tomo *Esencia*. Poemas. BABEL.—Buenos Aires. 1926 =

Cuadro

Ibamos por la calle, solos entre la gente.
Tu mano presionaba mi brazo suavemente.
Mi corazón temblaba, como una mariposa,
y creo que esparcíamos un perfume de rosa.
Cuando de pronto, en una vidriera, reflejadas,
vi nuestras dos siluetas, de frente retratadas:
tu traje casi negro, mi vestidito blanco;
ese modo que tienes de sonreír, tan franco
y adorable, mis ojos de mirar soñoliento...
Oh, pintores de genio, pensé en aquel momento,
venid, aquí hay un tema para un cuadro inmortal.
¡Pincel maravilloso, magistral e ideal,
iluminad con luz celeste vuestro trazo
al copiar los detalles de esta pareja bella:
esa mano que oprime con ternura ese brazo,
esa palpitación suave del pecho de ella...

.

Sílabas hermanitas tiene tu dulce nombre
que se dice en dos besos, y es ligero y pequeño.
¿Y por qué te pusieron ese nombre de hombre,
si tú no eres un hombre, sino un sueño?

Reincidente

Estoy contenta por haberte amado,
y soy dichosa por haber sufrido.
Beso el dardo que me ha transverberado,
beso la santa espina que me ha herido.

Si hubiera de volver a comenzar,
me daría otra vez, con alma y vida,
cuando tu voz bajita y conmovida
me volviera a llamar.

La fuente de alegría

Tú me dirás, después, quizá, algún día,
ante esta singular sonrisa mía:
«¿Estás contenta?... Te creía triste...»
Y mi voz te dirá, serena y pía:

«La dulce pena eterna que me diste,
Esa ha sido mi fuente de alegría.»

.....

«Tú eres lo mejor de todo».—
Te digo, y me respondes:—«Estás alucinada»
Yo, cerrando los ojos, lo afirmo de otro modo:
—«Fuera de ti no hay nada».

Noticia.—Del tomo *Esencia*, tenemos ejemplares disponibles. A \$ 4.00 el ejemplar.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los jóvenes de Platón

Trad. de gm.

CONVENGO en que es bello lo feo, pero es más bello lo bello. El célebre romántico Boileau Despreaux, bien se atrevió a decir:

De un pincel delicado el artificio agradable del más horrible objeto hace un objeto amable.

¿Amable? Aquí la rima hace decir una simpleza a la razón. No hay más objetos amables que aquellos que se puede amar; por lo mismo pido al lector que pase una media hora con los jóvenes de Platón. Tengo además otra excusa: este mundo moderno es muy triste, porque esta muy civilizado. Todos en él se esfuerzan; todos sufren y trabajan corporal y espiritualmente, y las obras de arte, que debieran calmarnos, nos agitan, desde que nuestros poetas buscan lo que interesa, no lo que es bello, y se convierten en artesanos de pasiones, no de felicidad. Platón es más dichoso; la antigüedad es la juventud del mundo, y la nuestra por lo tanto. Trasladémonos, pues, a esos hermosos años que no hemos vivido, y gocemos de ellos siquiera por el recuerdo.

Aunque filósofo, fué poeta, quiero decir creador de formas vivientes. Cualquier griego hubiera tenido dificultades para no serlo. Parménides, el Spinoza de entonces, escribió en verso su sistema, y esos versos suelen ser hermosos. Platón dialogó sus silogismos, e hizo de sus teorías un cuadro de costumbres. Entre los filósofos, es el único que ha sabido dar vida a sus disertaciones. Los Teótimo de Malebranche, los Filate de Leibnitz, son abstracciones con nombres de hombre. Esas ficciones excluyen lo natural sin aportar el interés, y los razonamientos serían más gratos sin los razonadores. En estos filósofos, el diálogo sólo aparece como un adorno de prestado, añadido a destiempo, por un esfuerzo de imaginación, para ocultar la sequedad del asunto y no asustar al lector. Platón, por el contrario, si presenta personajes, es porque los copia; si escribe diálogos, es porque los escucha. Encuentra lo bello al pintar lo verdadero, y, porque es historiador, es poeta: pues la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros en un gabinete y empapelada, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados de la palestra, y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conversaban con Sócrates acerca de lo bueno y lo verdadero. Bien podemos un instante detenernos ante estos

contemporáneos de Pericles, quien decía sobre sus tumbas, al principio de la guerra: «El año ha perdido su primavera».

1.—Platón se ha complacido en presentarnos los más jóvenes, casi niños todavía, aquellos en quienes el pensamiento se despierta por vez primera. Su estilo tan fácil, tan dulce, casi fluido, se presta para pintar estas almas blandas y tiernas, estos cuerpos flexibles. Corregio poseyó el mismo don y el mismo amor. La belleza naciente es la más bella, sencilla y risueña como el primer resplandor del día.

Por doquiera se les encuentra: en las palestras, bajo los pórticos, en el agora, interrogando a Sócrates y contestándole acerca de todos los asuntos con entera libertad. «Se les deja, como potros consagrados a los dioses, pacer y vagar a la ventura, para ver si encuentran la sabiduría y la virtud». Hasta entonces, sólo habían tenido una educación de poetas y atletas. Pasaban el día en el gimnasio, luchando, saltando, corriendo; repetían los versos de Tirteo y de Homero, y cantaban himnos. «Los niños de un mismo barrio, dice Aristófanes, iban a casa del maestro de cítara, marchando juntos y en orden, desnudos, aunque cayera nieve como harina. Allí, aprendían el himno: *Palas terrible, que arrasas las ciudades* o este otro: *Un grito se oye a lo lejos*, y alzaban sus voces con la fuerte armonía que sus padres les habían transmitido. Si alguno en broma cantaba con débiles inflexiones, le castigaban como a un enemigo de las Musas».—«Oh joven, dice el Justo en su alegato contra el Injusto, atrévete a tomarme por tu guía, a mí que soy el mejor consejo, e irás a la Academia a correr bajo los olivos sagrados, coronado de juncos con blancas flores, acompañado por un prudente amigo de tu edad, respirando el olor de la zarzaparrilla, del álamo blanco, gozando del reposo y de la bella primavera, cuando el olmo murmura junto al plátano». Así formados, comienzan ya a reflexionar, con el auxilio de Sócrates, que «partea» sus inteligencias, y les proporciona el placer de pensar.

Cuando llegamos a la palestra, dice, encontramos que los jóvenes habían asistido al sacrificio, y ya casi habían terminado las ceremonias. Jugaban a la taba y todos con traje de fiesta; los más estaban entregados a sus juegos, en el atrio exterior; unos jugaban al pares y nones en un rincón del cuarto del vestuario, con gran número de tabas, que sacaban de unos cestillos. Otro en torno, les miraban, y entre ellos Lisis, de pie, en medio de jóvenes y niños, con su corona en la cabeza, con un semblante verdaderamente raro, y digno de llamarse no sólo bello, sino bello y bueno. Nosotros fuimos a sentarnos al lado opuesto, en donde podíamos estar tranquilos, y entablamos cierta conversación. Lisis volvía a veces la cabeza para mirarnos, y era evidente que deseaba aproximarse; pero por timidez no se atrevía a hacerlo solo. A la sazón, Menexenes, que volvía del atrio, entró retozando, y, desde que me vió con Ctesipo, vino a sentarse a mi lado; Lisis le siguió y se colocó junto a él; y los demás también se aproximaron. Entonces miré a Menexenes y le dije: «Oh hijo de Demofón, ¿cuál de vosotros dos es mayor?—No estamos de acuerdo en este punto, respondió.—Y si os preguntara cuál es el más noble, ¿contestaríais también?—Ciertamente.—Y cuál es el más bello, ¿también?». Ambos se echaron a reír. «No os pregunto cuál de los dos es más rico, porque sois amigos, ¿no

es verdad?—Muy grandes amigos, dijeron.—En realidad, se dice que entre amigos todo es común, de suerte que tratándose de riqueza no hay diferencia entre vosotros, si sois amigos como decís.—Conviniéron en ello.

Esto es generoso y encantador; véase también en qué tono habla Sócrates de esta amistad, cómo felicita a esos niños, con cuánta gracia bondad y ternura.

Hay una cosa que yo deseo desde mi infancia, así como cada hombre tiene sus caprichos. Uno quiere tener caballos; otro, perros; éste, oro; aquél, honores. Para mí, todo esto es indiferente; no conozco cosa más envidiable que tener amigos, y querría más tener un buen amigo que la mejor codorniz⁽¹⁾ el mejor gallo del mundo, y lo que es más, por Júpiter, el más hermoso caballo o el más precioso perro. Sí ¡por el can!, y aún creo que preferiría, un amigo a todos los tesoros de Darío, y al mismo Darío; tan apetecible me parece la amistad. Y me sorprende que siendo Lisis y tu tan jóvenes, hayáis tenido la fortuna de adquirir tan fácil y prontamente un bien tan grande.

A propósito de esto, Sócrates entabla la conversación y hace que Menexenes comprenda lo que es y lo que no es amistad. Tan atento está Lisis que olvida que se le interroga, y de pronto responde en lugar de su compañero. «Al punto se ruborizó, y me pareció que la palabra se le había escapado sin quererlo, tanta era la atención que prestaba a lo que se decía. En efecto, advertíase claramente en su semblante que escuchaba con todo empeño».

Tiene tanta franqueza como pudor. Interrogado por Sócrates, cuenta sin vacilar cuántas cosas le prohíbe su padre, cómo se le obliga a obedecer a su pedagogo, a todos sus maestros. «Cuando vuelves a casa y estás cerca de tu madre ¿te deja ésta hacer lo que quieres, para que seas dichoso? ¿te deja revolver y tocar el telar mientras ella teje, o antes bien te prohíbe tocar la lanzadera y los demás instrumentos de trabajo?—Por Júpiter, dice echándose a reír, no sólo me lo prohíbe, sino que me pega en los dedos si llego a tocar». Y confiesa sinceramente que no sabe casi nada todavía, que necesita mucho de sus maestros. En aquel momento regresa Menexenes, que se había ausentado un instante; Lisis, juzgando útil lo que acababa de oír, se inclina hacia Sócrates, y le dice por lo bajo, muy ingenua y afectuosamente: «O Sócrates, lo que acabas de decirme, dícelo también a Menexenes». Esta frase provoca una sonrisa, pero complaciente; el niño es tan bueno y tan sincero, que todos los movimientos de su alma le hacen amable⁽²⁾.

Lo que aquí me gusta, es la naturaleza. Estos niños a ella se entregan; ella lo hace todo en ellos. ¡Cuán lejos de ella estamos nosotros! Los hombres se han formado, lo confieso, pero resultan deformados; veinte siglos de preceptos pesan sobre nuestras cabezas. En el siglo XVIII se juzgaba natural a Joas, y el pobre niño, de ocho años de edad, endilgaba a la reina Atalía sentencias morales:

La felicidad de los malos pasa como un torrente

O axiomas teológicos:

*A los pichones de las aves Dios alimenta,
y su bondad se extiende por toda la naturaleza.*

Dejad esos libros, cerrad ese piano, no contéis al niño sino cuentos; que corra al sol, en el jardín, que mire las plantas, los animales y las bellas nubes. No destruyáis bajo una disciplina la belleza natural de su cuerpo y de su alma. Esa nueva sangre que corre por

sus venas jóvenes y llega a teñir la piel tan fresca, esa carne rosada en donde parece vivir aún la leche maternal, esos ojos que se abren atentos, ese pensamiento curioso y movable, ese movimiento flexible e incesante, esa alegría de vivir y de comprender, ese abandono de sí a sí mismo, ahí está el hombre primitivo, cercano de su origen, todavía emparentado con seres inferiores, sencillo y dichoso como el agua que fluye, que se quiebra en torno de las rocas, que susurra con el más dulce murmullo, y se tiende risueña bajo los ágiles rayos del sol. Apareció en Grecia con los orígenes del pensamiento y de la historia; cada vez que nuestra civilización nos fatiga, volvemos a él; Rabelais, Rousseau allí han retrocedido; pero aprendemos menos con la lectura de *Gargantúa* o de *Emilio* que con mirar a los jóvenes de los Diálogos o a Ciro el Joven de Jenofonte.

Pero ya los jóvenes se hacen discípulos de los sofistas; han saboreado una vez la ciencia, y hacia ella corren con entusiasmo impetuoso y ciego. Cuando se desea por primera vez, se desea de todo corazón, sin fijarse solamente en si la cosa es difícil o imposible. No duda el joven de sí mismo, porque aún no ha medido sus fuerzas; parece que no hay espacio entre el fin y los anhelos, que basta extender la mano para alcanzarlo, que esperar es tener. ¿Y qué hay de más hermoso y más dulce que ese desenvolvimiento audaz de las facultades y de las pasiones, cuando se dirigen hacia la ciencia? Recordemos la edad, en que, por vez primera, vislumbramos verdades generales, no enseñadas por nuestros maestros ni aprendidas en nuestros libros, sino descubiertas por nosotros, viniendo a ser hijas primogénitas, las más queridas de nuestro espíritu, tan encantadoras que ningún goce ha podido después borrar ni siquiera igualar el recuerdo de esta primera dicha. Como a los catorce o quince años es cuando solemos encontrarlas. Son incompletas, falsas; ¿qué importa? Otros veinte las habían encontrado antes de nosotros; ¿qué importa también? Nos pertenecían muy deveras, puesto que las habíamos descubierto como esos otros y no conocíamos nuestros antecesores. En ese momento, el espíritu parte con repentino vuelo; esta fuerza imprevista de que no tenía conciencia, y que desde mucho tiempo se había acumulado en él sin que la sintiera, se despliega, y lo conduce a través de todos los pensamientos, todas las verdades y todos los errores. Toca uno todas las cosas como verdadero niño, temerariamente, cortando de un golpe las dificultades que más tarde hallará invencibles; pero se cree haberlas vencido, y esta alegría de la victoria no está entristecida ni por la previsión de una derrota, ni por el sentimiento de una debilidad, ni por la saciedad del goce, ni por la fatiga del esfuerzo. Es la fuerza y el placer de un hombre que, sentado desde su nacimiento, se lanzara por vez primera en un campo raso, hechizado con la libertad de su carrera, con la variedad de los objetos, el brillo de la luz, embriagado por las oleadas de sangre generosa que le hacen latir las venas y palpar el pecho. Mejor será callarme; Platón, que lo ha dicho todo, dice esto divinamente. Lo traduzco, con perdón vuestro. «El joven que, por vez primera, ha gustado de este manantial, se alegra de ello como si hubiera encontrado un tesoro de sabiduría; se siente transportado de placer. Le encanta remover todos los discursos, ya reunir todas las ideas y mezclarlas en una sola, ya desarrollarlas y dividir las en parcelas, sobre todo proponerse al punto dificultades, luego, a cuantos se le acercan, jóvenes, viejos, personas de su edad, cualesquiera que ellas sean, sin perdonar a su padre ni a su madre, ni a ninguno de los que le escuchan; no le basta entenderse con los hombres; poco falta para que aco-

(1) Los combates de gallos y codornices eran un espectáculo por el que tenían mucho aprecio los atenienses.

(2) Véase el diálogo socrático, *Lisis* o de *La Amistad*. Tomo II de las OBRAS COMPLETAS de Platón, traducidas al castellano por D. Patricio de Azcárate.

Casi todas las citas de Platón que en este ensayo aparecen no se han traducido de la traducción francés de Taine; se han transcrito, con algunas variantes, de la traducción española del Sr. Azcárate.

5.—La primera escala de la derecha.—La primera escala de la derecha llamó poderosamente mi atención por lo extraño de las figuras que la decoran. Esa misma rareza me obligó a preguntar a don Diego, y cuando supe los diferentes significados, el conjunto de aquella escala dejó en mí el mejor y más inolvidable de mis recuerdos de arte. Es México, la geografía de México, íntimamente relacionada con la historia y la sociología mexicanas de los últimos tiempos.

Bien es cierto que sólo la curiosidad que despiertan aquellos muros puede inquietarnos lo bastante para que nos interese interpretar lo que encierran. Son figuras, vale repetirlo, completamente raras y, además, sin una fácil relación de continuidad y reñidas a veces hasta con rudimentarias nociones de perspectiva y de unidad pictórica en lo que atañe al color.

Iniciase la decoración, bajo la escala, con rocas, playas, cabezas volantes incomparables a figura alguna, conchas enormes, mujeres desnudas, mujeres vestidas, bosques, pájaros tan grandes como hombres, tormentas, pozos, maíz en medio de los árboles frondosos de las selvas vírgenes, infinidad de figuras distintas en una amalgama inexplicable. Más arriba, hombres que entierran a un deudo, hombres que laboran la tierra; y más arriba, máquinas, aeroplanos, libros, machetes, etc.; todo esto se ofrece a los ojos curiosos del visitante que prefiere subir por esa escala y no por los ascensores eléctricos.

He dicho que en esta escalera se nos fué casi una mañana completa. Y repito con razón ahora que don Diego no gusta explicar sus pinturas; entiendo que su reserva obedecía a un deseo personal suyo de terminar su obra y dar alguna explicación de ella, como en el caso de la Preparatoria. (Véase la explicación de estos muros de la Preparatoria en *Repertorio Americano*, tomo VII, número 5, página 72). Me sentí entonces, y aun me siento satisfechísimo de las revelaciones que me hizo y de las explicaciones que me dió; mas ahora, con el recuerdo, puedo apreciar la gran distancia que hay entre ver directamente aquellos muros cuya explicación va conociéndose, y describir aquellas decoraciones explicándolas. No he leído nada escrito sobre esto, y ello me mueve a aprovechar las palabras del genial artista.

Unas rocas indican, al iniciarse la escala en el primer piso que corresponde al plano material, la geografía del sur extremo de México, en su más interesante aspecto: la punta de Yucatán. El agua brota ahí para sepultarse de nuevo en la tierra o para saltar al golfo, al mar; unas islas informes indican, fuera de toda concepción geográfica de mapa, las Antillas; el ambiente, el aire, preséntase tranquilo: dos mujeres vuelan serenamente por

Con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación

(y 5.—Véanse las entregas 13, 14, 15 y 17 del tomo en curso).



Diego Rivera

(Visto por Covarrubias).

los aires. Aparece, entre muchos otros detalles, la pesca de perlas en el Golfo.

Estas y las demás, decoraciones representativas del extremo sur ocupan las dos paredes laterales, y parte de la tercera, de la escala que asciende; en la tercera se encuentran escenas diferentes; la evaporación es ahora cálida: representanla cabezas humanas voladoras que echan por la boca bocanadas de humo negro. Figúrase aquí el recodo que describe la península; aparece la fecundación en dos seres humanos tendidos en el suelo; el petróleo es una mujer vestida de un negro lechoso oscuro con un cántaro en la cabeza, (en el fondo se divisan los pozos); luego, la selva virgen con sus hermosas mujeres y sus valientes cazadores; la exhuberancia de la vida se repite en un hombre y una mujer que, en medio de la selva, contemplan extasiados a Xochipilli, y, en el fondo, la inexorable arpía: a sus lados,—mujeres expresivas,—tiemblan de misterio el silencio y el murmullo de los bosques. Luego, las haciendas, las escenas trágicas del labriego esclavo, de los niños esclavos, de las mujeres esclavas que trabajan, al sol abrasador, mientras el amo descansa, vagabundo y confiado, a la sombra de los árboles, tendido muellemente so-

bre su hamaca. Estamos ya cerca del corazón de México, de la meseta del centro de México. Hemos ascendido un tanto la escalera.

Necesitamos seguir ascendiendo para ver los muros subsiguientes; llegamos al primer descanso, al segundo piso, al plano del intelecto; la escala sigue hacia arriba en caracol cuadrangulado. Ahí nos detenemos. En el centro empezó la revolución: un hombre afila sus armas cortantes. Otros entierran, desconsolados y pacientes, sumidos bajo el peso embrutecedor de la sociedad que los aplasta, a un compañero muerto a latigazos o asesinado por el amo; unos llevan las banderas rojas que tienen por escudo la hoz y el martillo. Las evaporaciones, el ambiente, representadas siempre por cabezas humanas que flotan en el aire, lloran amargamente; el aire está caldeado de indignación y de dolor. Luego siguen evaporaciones más trágicas: sobre la meseta, las nubes,—el ambiente—se tornan amenazantes; de pronto de una de ellas brota un rayo, como un torrente de sangre que bajara rápido desde los cielos; este rayo se parte en tres centellas fulminantes que se clavan, la una, en el corazón empedernido del capitalista, a quien hace rodar por el polvo, sobre su ta-

lego de monedas; la otra sobre el cura, cuyo rostro despedaza el horror del castigo celeste; la otra sobre el soldado que, ileso, en actitud amenazante, contempla, con asombro, su espada, partida en dos pedazos por el rayo.

Al lado de esta escena, indiferente a todo, Tzenteotl, la divinidad del maíz, con mazorcas en sus manos y regazos, representa los cultivos que prosiguen al grito de libertad; en el fondo, una enorme presa moderna desarrolla la fuerza hidráulica productora de electricidad; indica el progreso material que se despierta; máquinas agrarias modernas en los campos cultivados, aeroplanos veloces sobre los volcanes majestuosamente dormidos.

En el muro siguiente, la indispensable escena del campesino y el obrero que se juntan; ahora está, con ellos, el soldado; el soldado indica, no la fuerza pública, contraria a la revolución, ni siquiera la simple idea del campesino y el obrero convertidos en soldados de su propia causa, sino más propiamente, el espíritu de rebelión armada y organizada y temeraria y vidente que lanzó a «los trabajadores del campo y la ciudad» a la batalla.

Hemos subido ya hasta el tercer piso, a fin de ver estas últimas decoraciones. Nos detenemos en el último descanso, el que está en el plano del espíritu. Ahí está la Post-Revolución que es el ensueño de don Diego; en el fondo divisase un enorme edificio en construcción; una construcción que será permanente, interminable, progresiva siempre hacia todos los extremos en busca de mayor grandeza: esa es la imagen viva de lo que significa para don Diego el punto principal del programa revolucionario. Construir siempre, siempre, en un afán ávido y consecuente, sencillamente natural de progreso. Dirigen la construcción, y la vigilan, y se ven a la derecha, el campesino, el obrero y el soldado: las dos grandes fuerzas productoras y la fuerza defensiva; en el centro del muro, la Revolución—la maestra rural—, ilustra al pueblo; los hombres de ciencia y los artistas, el intelecto y el espíritu, están, en el otro extremo, colaborando en la construcción. Así compendia brevemente don Diego el amplio ideal suyo de una época futura: los hombres que trabajan en el plano material y los hombres que trabajan en el plano intelectual y los que cultivan más sutiles preocupaciones del espíritu, colaborando a la realización del espíritu universal de justicia, de equidad, de progreso razonable, facilitando, en fin, que el espíritu se manifieste en los pueblos, que la verdad sea dueña de los hombres.

A mí me parecía todo aquello muy interesante, y apenas me atrevía de vez en cuando apre-

(Pasa a la página 318)

VIII. Los cinco grandes grupos

71. 1) América. 2) El Imperio británico. 3) El lejano Oriente (China y Japón). 4) Rusia. 5) Francia, Europa - Mittel y Africa del Norte.

72. La política internacional consiste en la lucha por fortalecer o debilitarse el uno al otro de estos cinco grandes grupos.

73. El verdadero gobierno de cada uno, radica en un grupo de capitalistas (con excepción de Rusia que posee una organización especial) que tienen, si no directamente sí de un modo indirecto, el control del Gobierno, o una gran influencia sobre él. Así, por ejemplo, cuando se habla de Washington o del Gobierno de los Estados Unidos, de hecho se habla de la *Standard Oil Company* o del grupo de *J. P. Morgan*, o de alguna otra sección de *Wall Street*, que, según el momento, es lo suficientemente fuerte para dictar la política yanqui; y así de Francia («el Comité de Forges»), o de Inglaterra (*La Royal Dutch-Sell*), etc., etc.

IX. América. La nueva Potencia

74. El historiador, dentro de un siglo, probablemente escribirá que el capítulo de la Historia del mundo que principió a fines del siglo xvi, con la derrota de la Armada Española por la escuadra inglesa, y que será titulado: *La supremacía británica en el mundo*, terminó con la Gran Guerra de 1914-18. Porque después de la Guerra una nueva Potencia se ha colocado en primer término: los Estados Unidos de Norteamérica.

75. El hecho geográfico más importante, en la historia pasada de los Estados Unidos, ha sido su situación en el Atlántico opuesto a Europa; el hecho geográfico más importante que presta su carácter distintivo a su futura historia, probablemente será su situación en el pacífico opuesto al Asia. Y más que esto, el hecho de tener dos grandes costas: una en el Atlántico y otra en el Pacífico.

76. La dirección está pasando hacia el Occidente, una vez más, justamente como hace cuatro siglos pasó del Mediterráneo y del Báltico al Atlántico.

77. El Pacífico es hoy «el campo marítimo de la historia». Y prácticamente el monopolio del tráfico comercial del mundo, que

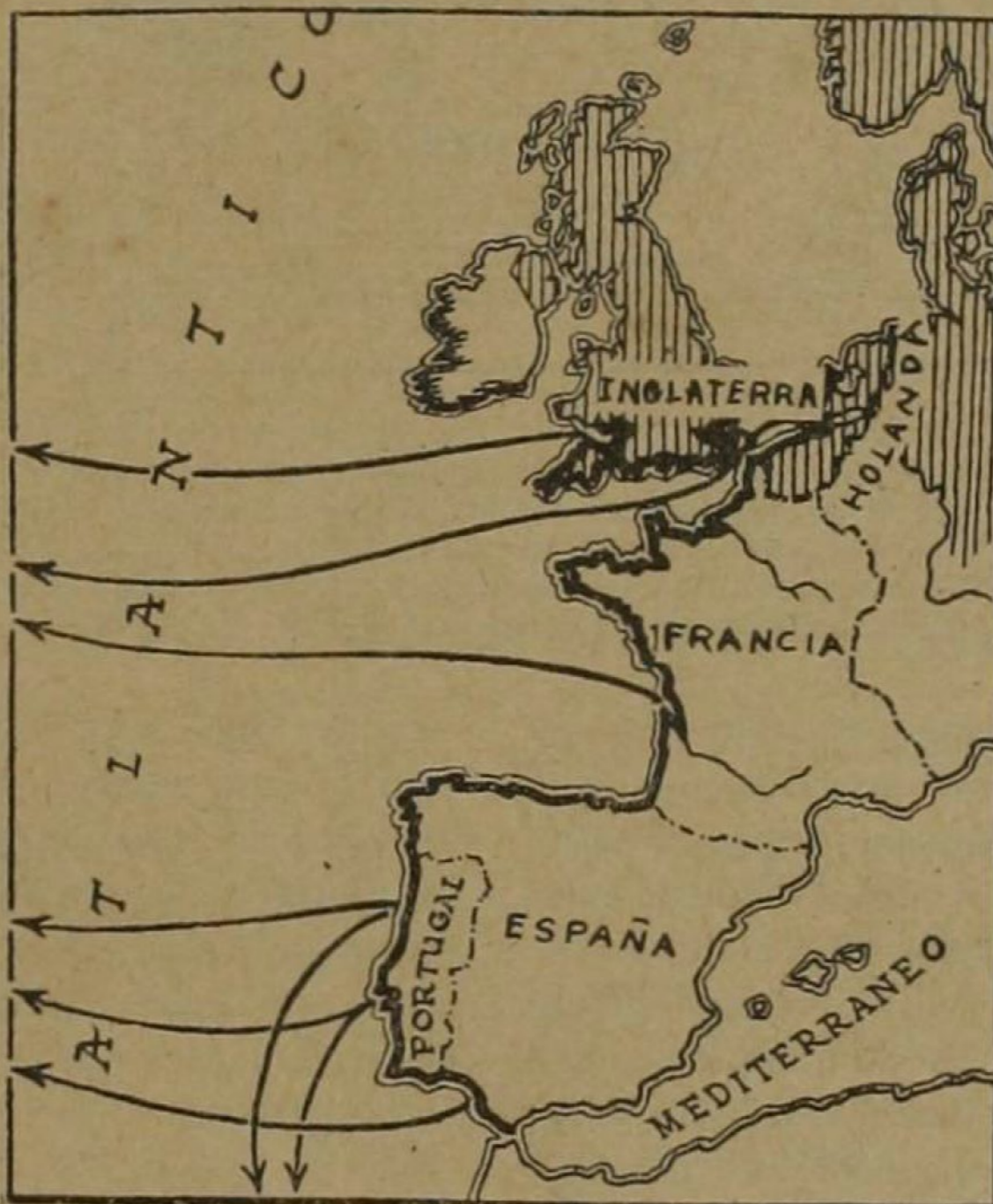
La Doctrina Monroe y el Movimiento obrero

Por

Vicente Lombardo Toledano

Prof. de Filosofía en la Universidad Nacional de México

3.—Véanse las entregas 16 y 18 del tomo en curso.



La nueva «calle principal del comercio»—la frontera noroeste de Europa. Los Estados del Norte—los que no poseen costas en el Mediterráneo—fueron los que se convirtieron en protestantes (con excepción de Irlanda que ocupaba una posición excepcionalmente favorable en la «calle»; pero cuyo desarrollo fué objeto del *sabotage* deliberado de Inglaterra).

por tanto tiempo ha tenido Inglaterra, está amenazado por las flotas mercantes de la nueva Potencia que tiene bahías en cada uno de los grandes océanos y el control del pe-

queño camino marítimo entre ellos: el Canal de Panamá.

A. El desarrollo de los Estados Unidos

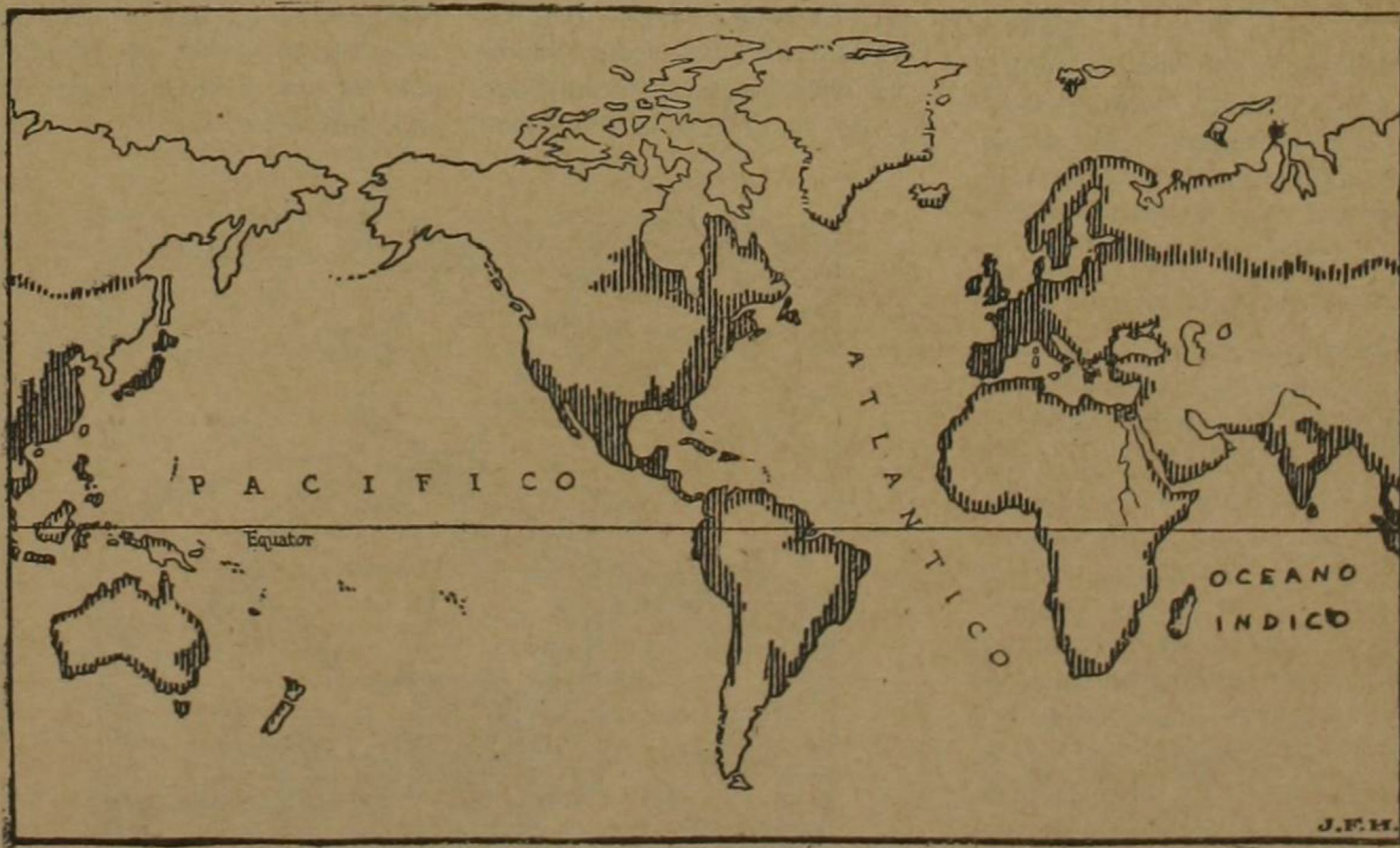
78. No es por accidente el hecho de que la dirección del

mundo haya caído en los Estados Unidos. Ni tampoco se debe, en primer término, a la riqueza de sus recursos naturales.

79. La primera razón que ha influido (la misma que influyó en el desarrollo europeo decenas de siglos antes), es la de que ésta es la parte del Continente americano que está situada en la Zona Templada. Los europeos encontraron allí condiciones climatológicas casi análogas a las de los lugares en donde su propia civilización había crecido.

80. Hasta fines del siglo xviii los hogares de los europeos (ingleses, franceses y holandeses) estaban situados a lo largo de la costa atlántica, desde la boca del río San Lorenzo hasta el Golfo de México, y estaban unidos a Europa por el Océano y separados del territorio por una fila de montañas que corre paralela al mar y que aísla la costa de los vastos espacios terrestres situados al otro lado de ellas, al occidente.

81. Después vino el ferrocarril, y los Estados Unidos se extendieron al Oeste hasta llegar a la costa del Pacífico. El Norte y el Sur también se unieron, y todos sus centros de producción: las minas de carbón a las de hierro, etc. Las grandes zonas productoras de granos y los terrenos de pastos enviaron alimentos a los distritos industriales del noreste y a los campos algodonereros del sur.



Costas y áreas «abiertas», colonizadas y comunicadas con los centros principales del desarrollo económico en el noroeste de Europa en el comienzo del siglo xix (marcado con rayas lo descubierto antes de la llegada del ferrocarril). (Se incluyen China y Japón a pesar de que cerraron sus puertas para el extranjero hasta el siglo pasado).

82. A fines del siglo XIX, habiendo «organizado» toda esa vasta zona, desde los Grandes Lagos (límite del Canadá) hasta el Golfo de México, y desde el Atlántico al Pacífico, principiaron a buscar nuevos campos que conquistar. En 1898, el presidente de la Asociación Americana de Banqueros, declaró en su discurso inaugural: «Ahora tenemos tres de las cartas que deciden en el juego de la preponderancia comercial: hierro, acero y carbón. Por mucho tiempo hemos sido el granero del mundo; ahora aspiramos a ser su taller; después seremos su casa distribuidora.» (Viallate: *Economic Imperialism*, p. 33.)

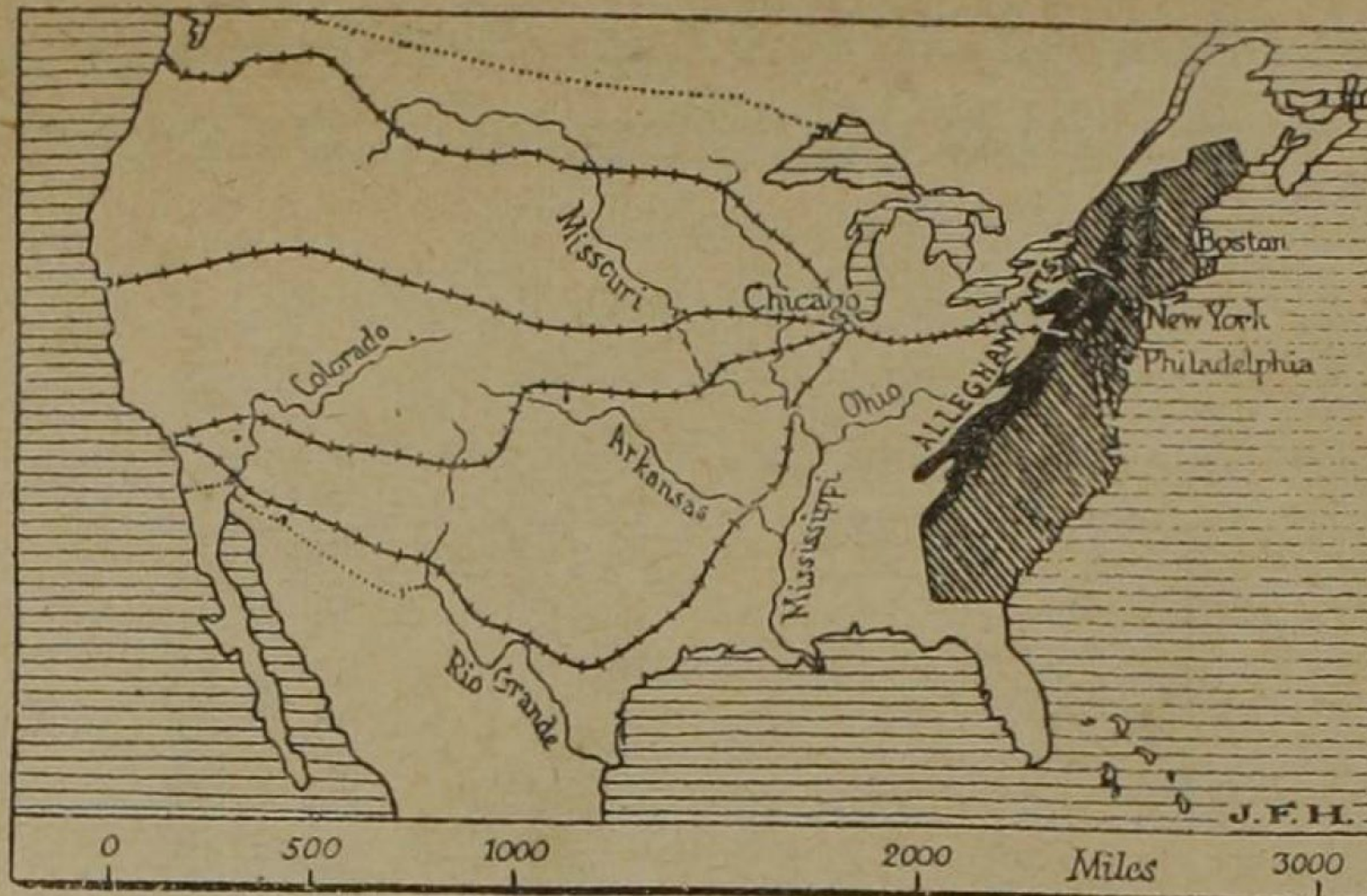
83. La guerra Hispano-americana (por Cuba), marca la entrada definitiva de los Estados Unidos en las filas de las grandes potencias imperialistas-industriales (1898). Después de esa guerra, aseguró su dominio en el «Mediterráneo americano»: el Caribe y el Golfo de México, estableciendo un protectorado sobre Cuba (Enmienda Platt) y anexándose definitivamente la isla de Puerto Rico.

84. Siguió con Filipinas y las islas Guam y Hawai. Cinco años después obtuvo el Istmo de Panamá.—Continuó con Nicaragua. Y durante la Gran Guerra (mientras Wilson dirigía discursos sobre Democracia y Libertad a las naciones guerreras de Europa), las tropas yanquis disolvían por la fuerza el Parlamento de Haití, etc., etc.

85. Desde 1898, los Estados Unidos han obtenido el control político directo sobre 150,000 millas cuadradas de territorios, con algo más de 9,000,000 de habitantes en Centro América y el Caribe.

B. Recursos de los Estados Unidos

86. Cerca de las 3/4 partes de las existencias de carbón conocidas en el mundo están en América del Norte, y de éstas, más de la mitad de la cantidad total del mundo, se halla en los Estados Unidos que produjeron el 46 % de la producción mundial, en 1920. Sud América casi carece de carbón: he aquí el por qué de su dependencia con los Estados Unidos. Más de la tercera parte de la existencia de hierro en el mundo se encuentra en los Estados Unidos, y la mina de hierro considerada como la cuarta en tamaño en el mundo, se halla en Cuba.



El territorio de los Estados Unidos. Los trece Estados que declararon su independencia de Inglaterra en 1776 están marcados con rayas. Nótese que los grandes ferrocarriles transcontinentales, después de haber cruzado las montañas de las ciudades de la costa atlántica, convergen hacia Chicago: esta ciudad se formó por la unión de los ferrocarriles y de los lagos.

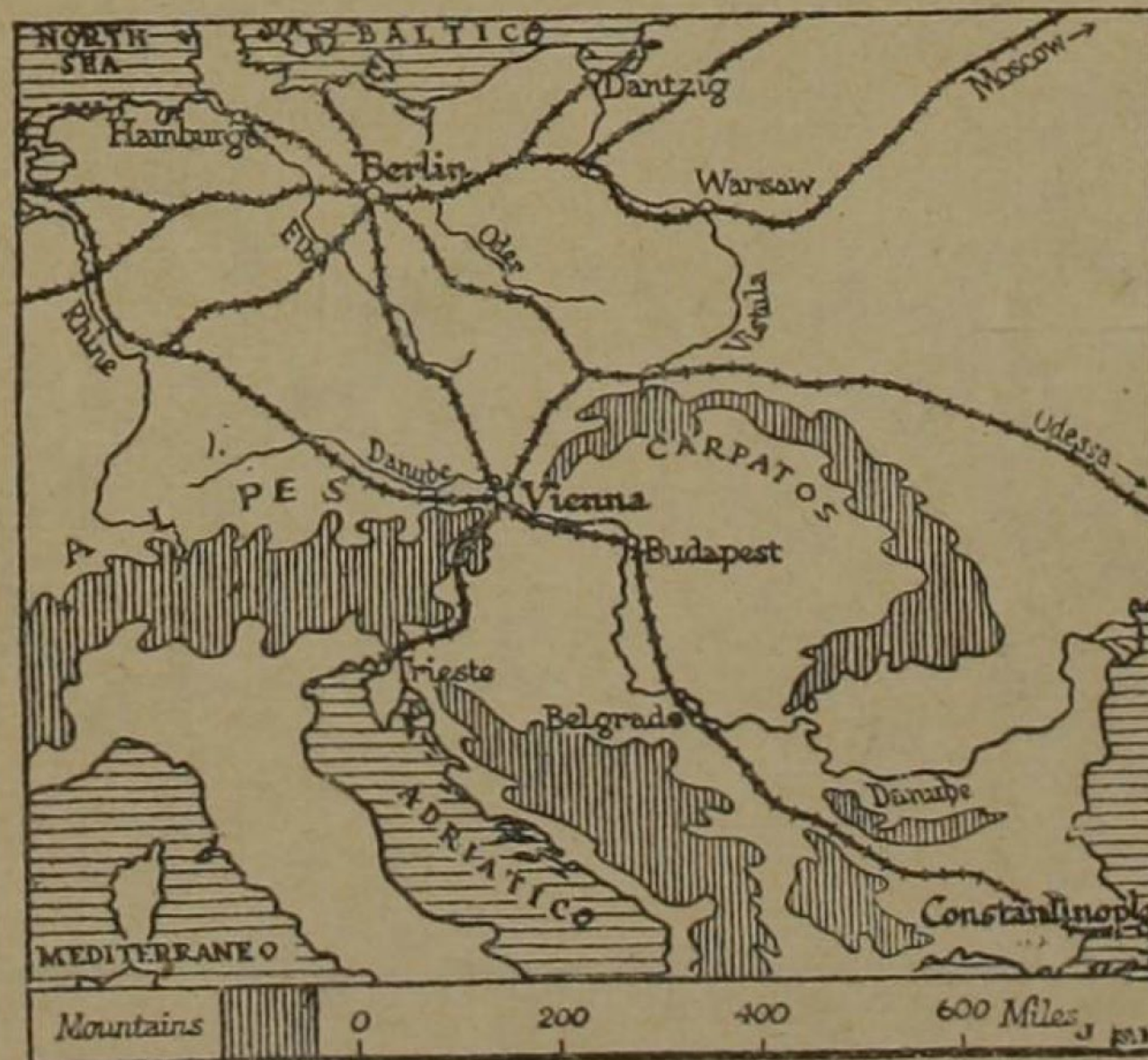
Las 2/3 partes de la producción mundial de petróleo, salieron de los Estados Unidos en 1920. Pero sus reservas fueron estimadas (1920) sólo como la octava parte de los recursos mundiales de aceite mineral: de ahí su interés en México que es el segundo productor de petróleo en el mundo. De ahí también el «descubrimiento» hecho por sus publicistas y políticos de que «ciertos pueblos atrasados» necesitan la ayuda moral y financiera de una raza más progresista. Los «pueblos atrasados» son México y Venezuela y los Estados centroamericanos que viven en territorios bajo los cuales corre petróleo...

C. América Central y América del Sur

87. La única unión política formal entre los Estados Unidos y los Estados del resto del Continente, es la «Unión Pan-América».

88. Pero ésta es la expresión de una relación económica más que política: la entrada de los Estados Unidos a la Guerra, fué inmediatamente seguida por *ultimatum* dados a Alemania por un gran número de países iberoamericanos.

88. La Unión Pan-Americana ha nacido de la Doctrina Monroe, formulada hace un siglo como un golpe republicano contra Europa monárquica, después de la derrota de Napoleón. Entonces, la Doctrina Monroe quería decir que los Estados Unidos acudirían a ayudar a cualquier Estado del Continente que estuviese amenazado por alguna potencia europea y que los Estados Unidos eran partidarios de un *statu quo* en el Nuevo Mundo. Ahora, la Doctrina Monroe quiere decir que el derecho de intromisión con sus vecinos más débiles, y el privilegio de explotarlos, están reservados pa-



El sistema de rutas férreas europeas que fueron un factor importante en la unificación y en el desarrollo comercial de Alemania.

ra los Estados Unidos. La Doctrina Monroe se ha convertido en una declaración económica!...

D. El Canal de Panamá

89. Los Estados Unidos poseen, pues, materias primas, mercados y territorios vírgenes. ¿Cuáles son rutas? Por medio del control de la ruta de Panamá, han fortalecido enormemente su garra sobre Sud-América.

90. Por este medio, doblaron su escuadra, redujeron la importancia de los ferrocarriles transcontinentales, dividieron la distancia entre sus centros fabriles y los mercados de la costa occidental sudamericana, y, sobre todo, acercaron a estos nuevos países mucho más a sus centros industriales que a los de Europa; e hicieron lo mismo con los puertos de Asia. Por eso Roosevelt se consideró justificado para tomar el Canal y dejó que el Congreso discutiera el asunto después.

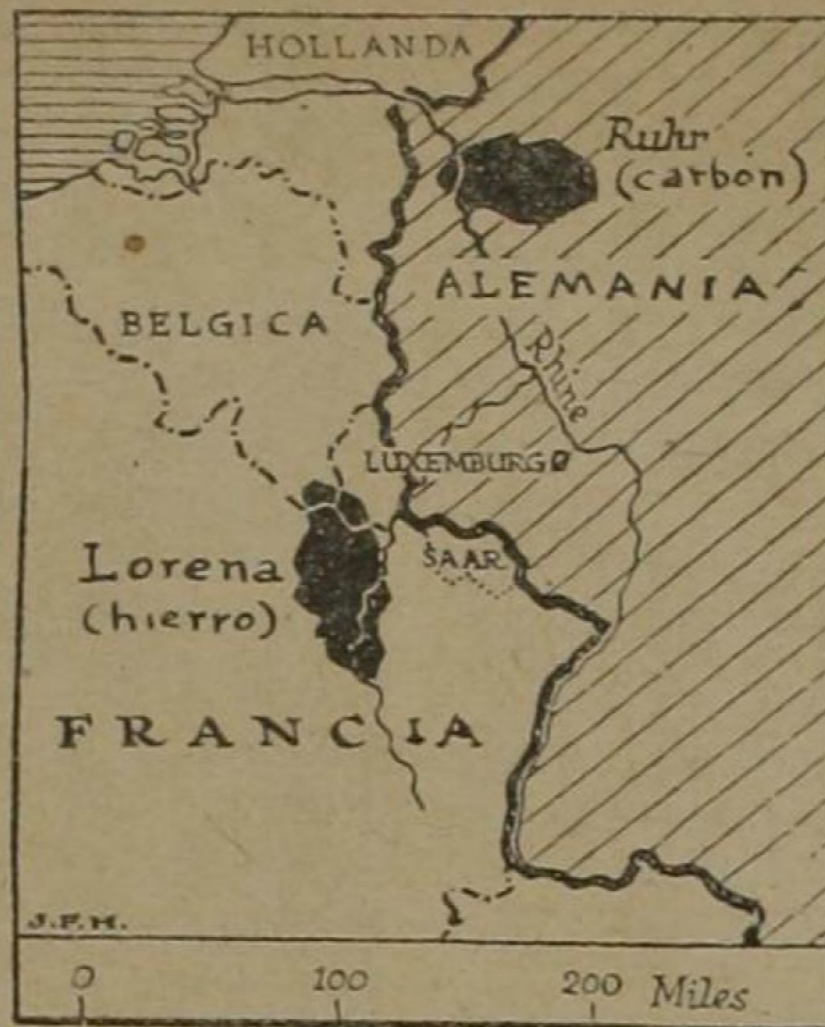
91. Todo esto y su influencia cada vez mayor en Canadá, ha hecho que los Estados Unidos se conviertan en la nación imperialista más grande en la época del Imperialismo.

X. El texto de la Doctrina Monroe

92. Veamos ahora cómo surgió y cómo se ha transformado la Doctrina Monroe, para confirmar todo lo dicho antes. El Presidente de los Estados Unidos James Monroe (1817-1825) en su séptimo mensaje anual dirigido al Congreso de su país (2 de diciembre de 1823), formuló la política internacional de los Estados Unidos en los términos siguientes:

«A propuesta del Gobierno imperial ruso, presentada por el ministro del Emperador aquí residente, hánselo dado plenos poderes e instrucciones al ministro de los Estados Unidos en San Petersburgo para que arregle, por una negociación amistosa, los derechos e intereses respectivos de las dos naciones en la costa del noroeste de este continente. Igual proposición ha sido hecha por su Majestad imperial al Gobierno de la Gran Bretaña, que igualmente ha accedido a ella. Con este proceder amistoso, el Gobierno de los Estados Unidos ha deseado manifestar el gran valor en que invariablemente ha tenido la amistad del Emperador y el

deseo de cultivar las mejores relaciones con su Gobierno. En las discusiones a que este asunto ha dado margen y en los arreglos que podrán darle término, nos ha parecido propia la ocasión para afirmar como principio en el cual están comprometidos los derechos e intereses de los Estados Unidos, que los continentes americanos, en virtud de la condición libre e independiente que han asumido y conservado, no deben considerarse en lo sucesivo como campo de futura colonización por ninguna potencia europea. Los ciudadanos de los Estados Unidos alimentan los sentimientos más amistosos en favor de la libertad y felicidad de sus prójimos del otro lado del Atlántico. En las guerras de las potencias europeas y en asuntos que les conciernen no hemos tomado nunca parte alguna, ni es nuestra política tomarla. Sólo cuando nuestros derechos sean invadidos o estén seriamente amenazados, nos sentiremos lesionados o haremos preparativos para defendernos. En los sucesos de este hemisferio nos hallamos, por necesidad, interesados más directamente y ello por motivos obvios para todo observador ilustrado e imparcial. El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto, a este respecto, del de América. Esta diferencia procede de la que existe en sus respectivos gobiernos; habiéndose consagrado toda nuestra nación a la defensa del nuestro, alcanzado a costa de tanta sangre y de tantos caudales, mejorado gracias a la prudencia de nuestros más ilustrados ciudadanos y bajo el cual gozamos de una felicidad sin ejemplo. De consiguiente, la franqueza y las relaciones de amistad existentes entre los Estados Unidos y esas potencias, nos obligan a declarar que consideramos peligrosa para nuestra paz y seguridad toda tentativa por parte de ellas para extender su sistema a una porción cualquiera de este hemisferio. No nos hemos mezclado ni nos mezclaremos en los asuntos de las actuales colonias o dependencias de ninguna potencia europea. Pero en cuanto a los gobiernos que han declarado y sostenido su independencia y que hemos reconocido después de madura consideración y por justos motivos,



El carbón del Ruhr y el hierro de Lorena—y la frontera entre ellos.

no podríamos considerar sino manifestaciones de sentimientos hostiles contra los Estados Unidos cualquier conato de una potencia europea con el objeto de oprimirlos o de ejercer de cualquier modo una influencia dominante en sus destinos. Nuestra política con respecto a Europa es, con todo, la misma que adoptamos desde los comienzos de las guerras que desde hace tanto tiempo agitan esa parte del globo, y consiste en no inmiscuirnos en los asuntos internos de ninguna potencia europea, en considerar al gobierno de hecho como el gobierno legítimo, en cultivar con él relaciones amistosas y en conservar esas relaciones mediante una política franca, firme y viril, satisfaciendo en toda ocasión los justos reclamos de cada potencia, pero sin aceptar ofensas de ninguna. Mas, en cuanto a esos continentes, las circunstancias son clara y notoriamente distintas. Es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político a parte alguna de los continentes americanos sin poner en peligro nuestra paz y felicidad; ni puede nadie creer que, si se le permite elegir libremente, lo adopten por su pro-

pia voluntad nuestros hermanos del sur. Es, por lo tanto, igualmente imposible que nosotros podamos contemplar con indiferencia semejante interposición en ninguna forma». —Richardson: *Messages and Papers of the Presidents*, tomo 11, páginas 209, 218, 219).

XI. La interpretación oficial de la Doctrina Monroe

93. Si ese fué el propósito del Presidente Monroe, otra ha sido la aplicación de su Doctrina en la historia de los Estados Unidos y otra su interpretación. Puede decirse con exactitud, que cada Presidente de los Estados Unidos ha interpretado la famosa Doctrina como mejor le ha parecido para justificar su conducta como jefe de la Administración de su país. Entre las interpretaciones más claras que se han hecho de la Doctrina es necesario recordar la dada por el Presidente Roosevelt en su cuarto mensaje al Congreso de los Estados Unidos (6 de diciembre de 1904):

«No es cierto que los Estados Unidos sientan apetito alguno de territorio o abriguen con respecto a las demás naciones del hemisferio occidental ningún propósito que no sea el de su bienestar. Todo

cuanto este pueblo anhela es ver estables, ordenadas y prósperas a las naciones vecinas. Toda nación cuyo pueblo se conduzca bien puede contar con nuestra cordial amistad. Si una nación demuestra que sabe proceder con razonable eficacia y decencia en cuestiones sociales y políticas, si conserva el orden y cumple sus compromisos, no tiene que temer la ingerencia de los Estados Unidos. La mala conducta crónica o la impotencia que resulta de la relajación general de los lazos de la sociedad civilizada pueden, tanto en América como en cualquiera otra parte, requerir a la postre la intervención de alguna nación civilizada; y la adhesión de los Estados Unidos a la doctrina de Monroe en el hemisferio occidental puede obligarlos a ejercer, aun contra su voluntad, funciones de policía internacional en los casos flagrantes de mala conducta e impotencia ya mencionados. Si todos los países bañados por el mar Caribe revelaran su progreso en una estable y justa civilización, como lo ha revelado Cuba, con el auxilio de la enmienda Platt, desde que nuestras tropas abandonaron la isla, y como tantas repúblicas de ambas Américas lo están revelando constante y brillantemente, habrían terminado todas las cuestiones de ingerencia de esta nación en sus asuntos. Nuestros intereses y los de nuestros vecinos meridionales son en realidad idénticos. Poseen ellos grandes riquezas naturales, y si dentro de sus fronteras se logra el reinado de la ley y la justicia, es seguro que prosperarán. Mientras obedezcan así a las leyes elementales de la sociedad civilizada, pueden descansar en la seguridad de que nosotros los trataremos con espíritu de cordial y sana simpatía. Intervendremos en ellas en último extremo y sólo cuando sea evidente que su incapacidad o su renuencia a hacer justicia en el interior y en el exterior, hayan violado los derechos de los Estados Unidos o provocado la agresión extranjera en detrimento de todas las naciones americanas. Es bien sabido que toda nación, así en América como en cualquiera otra parte del mundo, que desee conservar su independencia, debe, en fin de cuentas, comprender que el derecho a semejante independencia es inseparable de la obligación de hacer buen uso de ella.—(*Foreign Relations of the United States*, 1904, página XLI).

Profesión

Consagración de amor: ofrenda plena:
dulzura de ser tuya y de ser buena;
¡santa fe de quererte hasta en la muerte!
Seguridad de que eres en mi suerte
el principio y el fin, la luz, el Todo:
(¡Ya nunca podré verte de otro modo!)
Amor de amarte con total ceguera:
cierro los ojos y ya vivo en Ti.
¡Hondo anhelo sin fin de quien espera
la Eternidad, para adorte allí!

Rosa García Costa

Los jóvenes de Platón

(Viene de la página 310)

meta a todos los seres vivientes. No perdonaría a los bárbaros, con tal de encontrar un intérprete».

Este cuadro es una mezcla de burla y de entusiasmo. Admira a sus jóvenes y con ellos se divierte. Véase ahora dramatizada esta hechicera locura:

Aun no había amanecido, cuando Hipócrates, hijo de Apolodoro, vino a llamar muy fuerte a mi puerta con su bastón. Apenas le abrieron, cuando se fué derecho a mi cuarto, diciendo en alta voz: «Oh Sócrates, ¿estás despierto o duermes todavía?». Como conociera su voz, le dije: «¡Hola, Hipócrates! ¿qué traes de nuevo?—Una gran noticia—Muy bien. ¿Pero qué hay? ¿qué nueva es la que te trae aquí tan de mañana?—Ha llegado Protágoras, dice».

¿No se diría que el gran rey acababa de desembarcar en el Pireo?

«¿Qué te importa? le dije. ¿Te ha hecho Protágoras algún daño?—Sí, por los dioses, oh Sócrates, me respondió riéndose, me ha hecho la injuria de ser sabio él solo, sin darme parte de su sabiduría.—Oh, por Júpiter, le dije, y si le das dinero y le puedes comprometer a que te a'mita por discípulo, también te haría sabio.—¡Pluguiera a Júpiter y los demás dioses que así fuese!, me dijo. Gastaría hasta el último óbolo y agotaría la bolsa de mis amigos. Lo que me trae es suplicarte que me recomiendes a él; porque además de que soy hartito joven, jamás lo he visto ni conocido, pues cuando vino por primera vez, era yo un niño. Pero a todos oigo hablar muy bien de él, y se asegura que es el más elocuente de los hombres. ¿No será bueno que vayamos a su casa, antes de que salga? Me han dicho que está en casa de Callías, hijo de Hipónico; vamos allá, te lo suplico encarecidamente. —Todavía no, amigo mío, le dije; es muy temprano, vamos a pasearnos al pórtico; allí hablaremos hasta que aclare, y después iremos; te aseguro que le encontraremos, porque Protágoras no sale de casa; por tanto, nada temas».

A este propósito, Sócrates interroga a Hipócrates, que es más vehemente que advertido, y lo pone en dificultades; le demuestra que el alumno de un pintor se hace pintor y el de un tocador de flauta, flautista, de suerte que el discípulo siempre toma el nombre del maestro que lo instruye y del arte que le enseña. Después le pregunta qué quiere hacerse recibiendo las lecciones de Protágoras. Y él, ruborizándose (porque ya aclaraba un poco, y se le podía ver la cara): «Si este arte se parece a los otros, es evidente que yo quiero hacerme sofista». Después de esta ligera burla, Sócrates le hace ver cuán inadvertido y precipitado es, y de tal modo habiéndolo provisto de reflexiones, lo condujo a la casa de Protágoras.

Manteníamos una ligera disputa cuando llegamos al vestibulo; Pero el eunuco portero comprendió a lo que íbamos, por lo visto y parece que a causa de la multitud de sofistas que llegaban all a cada momento, se había puesto de mal humor con todos los que se aproximaban a la casa. Pues apenas hubimos llamado abrió la puerta, y al vernos, dijo: «¡Ah, son sofistas! No tiene tiempo», y diciendo esto, empujó la puerta con ambas manos y con toda fuerza. Llamamos de nuevo, y nos respondió desde adentro: «¡Hombre! ¿No me habéis entendido? Ya os he dicho que no tiene tiempo de recibir».—Pero amigo le dije, no venimos aquí a interrumpir a Callías ni somos sofistas; abre, pues, sin temor. Venimos a ver a Protágoras, y a ti te basta anunciarnos».

A pesar de esto, se hizo violencia en abrirnos la puerta. Así que entramos, vimos a Protágoras, que se paseaba delante del pórtico, y con él estaban, de un lado, Callías, hijo de Hipónico, y su hermano uterino Paralos, hijo de Pericles, y Carmides, hijo de Glaucón; y del otro lado estaban Jantipo, el otro hijo de Pericles, Filipides, hijo de Filomeles, y Antimeros de Menda, el más famoso discípulo de Protágoras, y que aprendía el arte de ser maestro sofista. Detrás de ellos una porción de jóvenes marchaban escuchando su conversación. Los más parecían extranjeros, y son los mismos que Protágoras trae consigo de todas las ciudades por donde pasa, y a quienes arrastra encantados por la dulzura de su voz, como Orfeo. También algunos atenienses formaban coro. Cuando ví esta magnífica reunión, tuve un placer singular, al ver con qué respeto marchaba detrás de Protágoras teniendo el mayor cuidado de no ponerse delante de él. Desde que Pro-

tágoras daba la vuelta con los que le acompañaban, se veía aquella turba, que le seguía, colocarse en círculo a derecha e izquierda, hasta que él pasaba, y enseguida, colocarse detrás.

También cuando los jóvenes regresaban a la casa, seducidos por el ejemplo, rogaban a su padre que les pusiera en manos de un hábil sofista. Ellos mismos se acaloraban en sus conversaciones, y este amor contagioso del razonamiento alarmaba a sus padres. Demodocos vino a consultar a Sócrates acerca de su hijo Teages. «Algunos camaradas y otros jóvenes, dijo, de nuestro pueblo, que van a Atenas, le refieren ciertos discursos que han oído y que le trastornan la cabeza. Poseído de emulación, no cesa de atormentarme, suplicándome con instancia que mire por su educación y pague a un sofista para que le instruya. Pero temo que esta pasión lo haga caer en algún peligro. Hasta ahora, le he contenido halagándole con buenas palabras; pero hoy que ya no puedo más, creo que lo mejor es darle gusto, no sea que las relaciones que pueda tener en secreto y sin mi consentimiento lo corrompan».

El muchacho se enfada un poco con su padre que se le opone, y cuando Sócrates le pregunta en qué ciencia quiere ser instruido, responde:

«Mi padre bien lo sabe, Sócrates, se lo he dicho muchas veces; pero quiere hablarte así, como si ignorara lo que yo deseo. No hay día en que no dispute conmigo, y se resiste a ponerme en manos de un hombre instruido. Con estas y otras cosas por el estilo, se me opone y no quiere dejarme ir en busca de un maestro» (1)

Se ve que en Atenas la familia no está gobernada como en Roma. Allí se funda más en el cariño que en la obediencia. Allí el padre no es un rey, antes bien casi un igual. Nada sujeta ni detiene los movimientos de esas almas nuevas. La naturaleza humana se manifiesta en ellos en toda su integridad, tal como es, y desnuda. Un poco más adelante, dice Teages que él quiere aprender el arte de gobernar para ser el Jefe del Estado. «¿Pero qué, dice Sócrates, acaso quieres ser un tirano?—Sin duda, desearía de corazón hacerme el tirano de todos los hombres, y si esto es mucho, por lo menos de la mayor parte. Y creo que tú mismo, Sócrates, tendrás esta ambición, como la tienen todos los hombres; y quizás querrías ser un dios». El dios en Grecia no es un sér todo poderoso, misterioso, retirado en el infinito fuera de los humanos alcances: no es sino el mismo hombre, más bello, más fuerte, inmortal. Esto añade un rasgo más al carácter de esos jóvenes. No tienen, desde la infancia, oprimida el alma por el pensamiento de un poder único y formidable. Nada han visto en el mundo real ni en el imaginario que con su grandeza les oprimiera. Herodoto refiere que los habitantes de una ciudad de Sicilia adoraron a un joven por su belleza y lo colocaron en la categoría de los dioses. En Grecia no hay desproporción entre Dios y el hombre. De ahí esos atrevidos anhelos y esa actitud arrogante. No han aprendido nunca ni a temer ni a doblegarse.

Pero el amor a la justicia, natural en el hombre, se halla en el fondo de sus corazones, y a él vuelven espontáneamente.

«No querría gobernar a los ciudadanos por la fuerza, como los tiranos, dice Teages, sino con su beneplácito, como lo han hecho los hombres grandes que hemos tenido en Atenas». (2)

Tanto más agradables me parecen estos sentimientos, cuanto que esos niños dicen desde luego todo lo que sienten, y sobre todo, como lo sienten. Una sola de sus palabras refuta a los que declaran al hombre malo por naturaleza. La bondad es la primera de sus in-

(1) Véase el diálogo *Protágoras* o *Los sofistas*.

(2) Véase el diálogo *Teages* o *De La Ciencia*.

clinaciones primitivas. Platón pintor piensa como Platón filósofo, que la idea divina e inmortal que forma nuestra alma da testimonio de su origen. Le hace honra tanto en sus personajes como por sus teorías, y prueba su creencia por la ciencia y por el arte.

Considerad ahora el espíritu de esos niños, cuyo carácter ya conocéis. Platón lo ha trazado, con mano delicada y leve, en el retrato de Protarco y de algunos más. Poco inventan por sí mismos, son muy jóvenes aún; sin embargo encuentran a veces palabras felices, y redondean sus juicios de un modo agradable. Pero manifiestan particular penetración y curiosidad cuando siguen sin fatigarse las más largas discusiones sobre las materias más abstractas, y se recrean con asuntos del todo viriles. No sienten el peso de las ideas; corren bajo la pesada coraza de la dialéctica. Cuando Aquiles ensaya las armas de Hefaeostos, dice Homero, parece que ellas le suspenden como alas. Ellos también desde el primer día, corren «ligeros de pies» a la ciencia, y manejan sin esfuerzo la verdad. Exhortan a Sócrates para que continúe, le impiden que se vaya, no quieren que suprima nada de la conversación. Sin embargo, esta violencia es amable; de cuando en cuando, en medio de esta atención sostenida y de este gran anhelo de filosofar, brotan chispazos de infantil alegría:

«¿No echas de ver, Sócrates, nuestra multitud, y que todos somos jóvenes, y no temes que te acometamos con Filebo, si nos insultas?».—Entre nosotros, cuando un hombre filosofando deja escapar una sonrisa, nos escandalizamos, todos clamamos justicia, y repetimos por lo bajo o a gritos: «Este hombre deshonra la filosofía, nunca será capaz de razonar bien».

Pero lo admirable, sobre todo, es que, en esas largas series de razonamientos encadenados, el oyente jamás se aparta del discurso, ni a derecha ni a izquierda, y se mantiene siempre en el asunto propuesto. Carecemos de esta serie de ideas. Tratad de discutir con alguien: veinte veces os veréis obligado a conducirlo al asunto. Nuestro espíritu es demasiado retozón: corremos mucho a saltos bruscos; vemos de pronto un vivo resplandor de verdad, y hénos lanzados hacia esta parte, olvidando todo lo que hemos hecho en la otra, rompiendo nuestra labor en el momento en que un solo esfuerzo iba a concluirla. Platón no inventa este enlace que da a las ideas de sus personajes; hallaréis el mismo orden y la misma exactitud en Homero. El espíritu jonio practica por instinto la lógica delicada y severa; desde sus primeras obras se adivina que él es el obrero predestinado de la ciencia humana. Comparad, por ejemplo, las dos primitivas fuentes de nuestra civilización, Homero y la Biblia. En la una los pensamientos son cortados, separados los unos de los otros, expulsados violentamente hacia fuera como las efervescencias desiguales de una alma que fermenta y no puede contenerse. Los enlaces de palabras en ella son raros, las metáforas excesivas, las ideas nadan en imágenes. El hombre, oprimido por las sensaciones que suben a su cabeza como un viento fuliginoso, no distingue la pura luz de la verdad; la carne y la sangre en él parecen perturbadas; amenaza, se estremece de alegría, sufre, grita, no razona. En el viejo poeta griego, los héroes desarrollan extensos relatos en el campo de batalla antes de alzarse. Lo explican todo, no dejan nada oscuro, no tocan una idea sin haber recorrido todas las precedentes. Jamás necesita esforzarse el lector para comprender sus pensamientos. Estos se siguen uno al otro, como las ondas de una hermosa y límpida corriente, y se deslizan por igual y de continuo hacia un fin que desde luego puede percibirse. Platón no es más que un historiador exacto, cuando da a sus jóvenes el instinto de lo verdadero y el talento natural de pensar bien.

Protarco y la mayor parte de ellos presentan dos rasgos que parecen contrarios, y sin embargo se armonizan, y denotan a un tiempo la infancia y la excelencia del espíritu. El uno es la confesión ingenua de su ignorancia y de sus incertidumbres: desconfían de sí mismos, no se atreven a aceptar la responsabilidad de los asuntos difíciles; se dejan guiar por Sócrates y le siguen dócilmente. El otro rasgo es la libertad y la seguridad perfecta con que dan sus opiniones; cuando han entendido bien lo que se les pregunta, hallan natural juzgar por sí mismos y no bajo la autoridad de otros. ¿No es gracioso y conmovedor ver a un niño de quince años que de buena fe y sin pretensión alguna dice a Sócrates: «En mi opinión, oh Sócrates, eso está muy bien dicho?»—Es que ante la verdad todos los espíritus tienen los mismos derechos; en aquel país nadie tiene más rey que sí mismo: es la patria de la libertad. Bien lo sabe Sócrates, y su método consiste en instruir el entendimiento, no las orejas del alumno; no dicta a lo domine, con voz imperativa y desde lo alto de una cátedra; quiere que el oyente exprese por sí mismo todo lo que crea; que, interrogado, invente sus creencias y no reciba las de otros. Este modo de enseñar era conforme al genio griego; pues los atenienses amaban tanto la libertad en la ciencia como en la política, y querían gobernar sus opiniones como sus negocios. Por eso «su alma vagabunda revoloteaba por las praderas de las Musas», y, en busca de la verdad por todos los caminos, recogía para la posteridad la más amplia cosecha de conocimientos. Añadid que Sócrates no les presentaba la ciencia árida y seca. Para atraer los espíritus poéticos se detenía en medio de fábulas y alegorías risueñas, y sus ideas las vestía de palabras espléndidas, diciéndoles por ejemplo:

«Puesto que tú quieres que haya tres clases de vida, supón, para valernos de los más bellos nombres, que la una sea de oro, la otra de plata, la tercera ni de oro ni de plata».

Tornábase mitólogo y hablaba como Homero:

«Invoquemos a los dioses, Protarco, mezclando el placer con la sabiduría, que sea Baco o Hefaeostos, u otro dios cualquiera quien presida esta mezcla. Como ciertos escanciadores, tenemos a nuestra disposición dos fuentes: la del placer, que puede compararse a una fuente de miel; la de la sabiduría, fuente sobria que no contiene vino, y de donde brota una agua austera y saludable; importa que nos esforcemos en mezclarlas lo mejor que se pueda». (1)

Ya se conoce los jóvenes más niños de los Diálogos. Dejémosles «en el poético valle de Platón», que paseen, jueguen, conversen y recuerden las palabras de oro de Sócrates. Se puede, si se quiere, ir a ver uno de ellos en el Museo. Es un joven atleta que tiene en la mano una rama de laurel, de semblante tranquilo, ni pensativo, ni expresivo, inteligente y bello sin embargo, pero en donde no han dejado sus huellas ni la pasión ni la reflexión. Los brazos aún son débiles; el premio que ha ganado es sin duda el de la carrera. Pero nada hay más flexible que ese cuerpo, nada más suelto que las ligaduras de sus miembros. Todo en él descansa, pero todo se apresta al movimiento. Los ojos se deslizan dulcemente por las suaves líneas de esa carne joven y viviente. Está de pie, inmóvil, sus ojos no miran. Pero que pronuncie una palabra, y en ese semblante sereno reconoceréis a uno de los compañeros de Menexenes y de Lisis.

HIPÓLITO TAINE

(Concluirá este ensayo en la entrega próxima)

(1) Véase el diálogo *Filebo* o *Del placer*.

Con Diego Rivera, ante los muros...

(Viene de la página 000)

guntar a don Diego para no entorpecer el hilo de mis apuntes y no entibiar su buena voluntad para explicarme. El caracol de los muros remata, sobre la última puerta, que nos conduce a los pabellones del plano del espíritu, con la decoración sencilla y luminosa de la hoz y el martillo: ambos están, ahora, a los lados, sobre un libro abierto, y nos convidan a entrar en donde brillan las manifestaciones triunfales de la Revolución ideal, la gloria del cancionero, la apología del espíritu.

Cuando al llegar al tercer descanso, ante el muro de la construcción simbólica, me enteré de que los hombres que ayudaban a los constructores eran el escultor, el arquitecto, el ingeniero..., el pintor, y de que el pintor era un auto-re-

trato, el mismo don Diego en persona, me atreví a preguntarle que por qué no había arreglado, con pintura, los desperfectos que alguien, con un clavo o una cosa parecida, había hecho en los muros en donde estaba su retrato.

Había ahí, efectivamente, no solo punzadas hechas con el propósito de destruirlo, sino que, en una esquina, estaba escrita, en grandes caracteres, la palabra «mula».

—¿Cómo dice ahí, don Diego?, ¿es «mula»? — le pregunté por sondearlo.—

—Sí, «mula»; no lo he querido borrar porque yo respeto mucho la firma de mis enemigos, —me contestó don Diego con la jovialidad más grande del mundo.—

Rafael Estrada

San José, Costa Rica. 1928

Una mujer

= De *La Nación*, Buenos Aires =

Yo profeso la teoría de que un hombre que está en la línea de fuego tiene bastante que hacer con su tarea para distraerla examinando con ojo crítico la de los demás.

No quiere esto decir que halle mal el que otros lo hagan. Por mi parte, y en mi carácter de soldado raso en el frente desde hace 27 años, no puedo recrearme en tal análisis, cuando para el aprendizaje de mi tarea no alcanza toda la dura atención que vengo poniendo en ella.

Una acción, sin embargo, es a veces de tal magnitud, se yergue a nuestro lado con tal irresistible empuje, que nuestra tarea queda de lado: todo se vuelve ojos para admirar la actitud del heroico compañero.

En tiempos no lejanos yo sufrí una de estas detenciones ante *Los caranchos de la Florida*, de Benito Lynch. Hoy tengo una impresión semejante: y como en otras ocasiones tornaría mudo y lleno de optimismo a mi labor, si las singulares circunstancias de contraste entre mi admiración y el silencio ambiente no me decidieran a anotarlas en breves líneas.

Yo tuve siempre simpatía muy marcada por la persona de Rosa García Costa. Más que su poesía, solicitaban aquélla el silencioso trabajar, la modestia extrema, la falta absoluta de

bienestar en que la invisible escritora desenvuelve su vida.

Pero cuando apareció su último libro (1) los motivos de fraternal compañerismo cedieron lugar a una admiración muy viva por el poeta. Había en aquel libro suyo cuatro o cinco composiciones de purísima agua. Nadie ignora cuán difícil es hallar poesía en los versos y qué impresión de total fecundación poética nos dan los sólo tres o cuatro poemas de un libro que hayan absorbido, concentrado y hecho rutilar el alma entera de un hombre o una mujer.

Quedé así muy admirado de la exaltación de ternura de la señorita García Costa, cosa que me interesaba muy poco, pero que ella había logrado infiltrar hasta en lo invisible mismo de sus versos, lo que me interesaba ya enormemente. Y como transcurría el año para los premios municipales de 1926, he aquí, me dije, un libro predestinado. Podrá haber disensiones sobre la calidad del premio a recibir, pero no sobre los méritos de la obra.

Y con esta certeza esperé tranquilo por la autora el fallo del jurado.

Hace pocos días el jurado de literatura ha discernido los premios correspondientes a la producción de 1926; el libro de la

(1) *Esencia*, del que damos en esta entrega algunas piezas.

señorita García Costa no ha alcanzado a ninguno.

Bien, me he dicho. El entusiasmo me ha cegado, fuera de duda, haciéndome olvidar que otros altos valores poéticos entraban en concurso. Los premios han sido juiciosamente otorgados.

Pero he aquí que a continuación de la lista de los libros premiados, el jurado llama la atención sobre otras diez obras en verso del mismo concurso, y no vuelvo de mi sorpresa al comprobar que entre los diez libros recomendados, y de valer naturalmente decreciente, no figura el de Rosa García Costa.

¿Qué es esto?, torno a decir. ¿Puedo equivocarme de este modo sobre la calidad de un autor? ¿Soy tan insensible a la poesía? ¿He perdido el gusto literario hasta el extremo de errar trece veces seguidas, entusiasmándome con un libro que no llamó la atención del Jurado, ni siquiera en el grado décimo-tercero de mediocridad?

Inquieto, como es de suponerse en un hombre que a la par de escribir ha creído tener siempre un sentimiento muy vivo de la poesía, veo apresuradamente a algunos compañeros del oficio, poetas los más de ellos.

—¿Qué opinión tiene usted de la poetisa García Costa?—pregunté al primero.

—Excelente—me responde.

—¿Conoce usted los versos de Rosa García Costa?—inquiero del segundo, prosista esta vez.

—No mucho—elude éste.—pero los tres o cuatro lieder que he leído de ella, me parecen muy buenos.

Horacio Quiroga

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de ₡ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de ₡ 100 (\$ 25 oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas MIL palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.

Aclaración

No tenga miedo Emilia Bernal de que su nombre, como traductora de los versos de Ventura Gassol, quede oculto. Yo me encargo de que mis compatriotas sepan su bello gesto de hacer conocer en la América Latina la obra del dilecto compañero.

Una aclaración, no obstante: Gassol *no es perseguido ni olvidado de los suyos*; el recuerdo del poeta de palabra ardiente, *enardidora*, como decimos nosotros, que muchas veces había hecho vibrar nuestras almas, cuando nos hablaba de que para conseguir la libertad de nuestra Catalunya había que sacrificarlo todo, perdura en todos los catalanes nacionalistas. Gassol se podría enojar si se enterara de lo que más arriba mencionamos; quien le persigue es el Estado que nos tiene esclavizados. Cuando el régimen dictatorial imperó en España, los hombres de acción como Gassol, tuvieron que decidir entre el destierro o la ergástula, y pre-

firieron lo primero. En Barcelona se le recuerda con entusiasmo, y se le pone como modelo de patriotas dispuestos siempre al sacrificio. No hace mucho, Domingo Guansé en la diaria editorial de *La Nau*, hablaba con añoranza del autor de *La Canço del Vall Cabrés*. Catalunya le quiere y espera mucho más de él, tanto como literato como patriota.

Nosotros alentamos a Emilia Bernal—con quien tendríamos inmenso placer de colaborar— a proseguir la obra empezada. Catalunya tiene un plantel de literatos, como Carner, Lopez-Picó, Soldevila, Sagarra, Escasans, Millás-Raurell, Riva, Puig i Ferrater y tantos otros, que tienen que hacerse conocer en estas Repúblicas americanas. Yo por mi parte le ofrezco mi modesta pero entusiasta ayuda. Catalunya y todos sus hijos se lo agradecerán—de esto puede estar segura— como agradece siempre a quien sabe comprender sus cosas.

Carlos Vilella-Niquí

San José, Costa Rica. Mayo, 1928

Tablero

= 1928 =

Fuegos artificiales.—Jorge Basadre pertenece al grupo minorista del Perú, que ha de presenciar la palingenesia de los valores sociales, acaso por medio de una violenta sacudida, quizá dentro de inusitada reacción. En *La Revista* de Lima y poco después en *Repertorio Americano* del maestro García Monge, han sido publicados sus *Comprimidos sobre Literatura Peruana*. Ya tenemos un crítico que empieza llamando la atención, un crítico de cuerpo entero, sin traspies, sin miedo a decir las cosas por su nombre. Era tiempo de que se hablara en este tono: «Chocano parece un predestinador del lirismo. Saca emoción de su verso como quien saca palomas y cintas del sombrero. Cuando llega el momento culminante, se escapa apelando al truco de la metáfora. El más alto valor lírico está, acaso, en sugerir. Chocano gárrulamente, se lo dice todo; no hace colaborar al lector. Y sus

poemas líricos, a los que falta ternura porque a él le falta humanidad, terminan siempre con una «palomita», como los castillos de fuegos artificiales».—De *Próspero Mirador*, en *Revista de Revistas* de México, D. F.

Con motivo de la Página Lírica de Rosa García Costa que en esta entrega sacamos, estas palabras del agudo y generoso Enrique Espinoza.

Le mando un excepcionalísimo artículo de Horacio Quiroga sobre la poetisa argentina Rosa García Costa. Vale la pena de que Ud. lo reproduzca completando la página con unas cuantas composiciones de su libro *Esencia*. A mi juicio merecen los honores del *Repertorio* las siguientes: *Profesión, ...*, *La fuente de alegría, ...*, *Reincidente*.

De la Agencia del Repertorio en León de Nicaragua, se ha hecho cargo el Dr. Ildefonso Palma Martínez. Entiéndanse,

pues, con el Dr. Palma Martínez los nicaragüenses que quieren suscribirse a nuestro semanario.

La Editorial Excelsior, de París, nos ha remitido para la venta algunos títulos interesantes:

GUILLERMO ANDREVE:

A la sombra del Arco.
(Crónicas de París). 3.00

L. LÓPEZ DE MESA:

El libro de los apóstolos. 3.00

H. D. BARBAGELATA:

Para la Historia de América. 3.00

MEDARDO ANGEL SILVA:

Poesías. 1.50

F. GARCÍA CALDERÓN:

El Wilsonismo. 1.00

J. E. RODÓ:

Epistolario. 1.50

VARIOS AUTORES:

Rodó y sus críticos. 3.00

VENTURA GARCÍA CALDERÓN:

Bajo el clamor de las sirenas. 2.50

Cantilenas. 3.25

GÉRARD d'HOVILLE:

El seductor. Edición lujosa. 10.00

ARMANDO CHIRVECHES:

Flor de trópico. 3.00

Señas de escritores:

Hugo D. Barbagelata.—16 Rue Paul-Féval prolongée. París (18°).

Dmitri Ivanovitch. Apto. núm. 1024. Panamá. R. de P.

Juan M. Filartigas.—25 de Mayo 296. Montevideo, Uruguay.

S. Gasch.—12, Calle del Pino. Barcelona (España).

César E. Arroyo.—34, Rue Senac. Marseille. France.

Luis Felipe Rodríguez.—Calle 28. Manzanillo. Cuba.

Horacio Blanco Fombona.—Apartado 715. Santo Domingo, Rep. Dominicana.

Mario Puccini.—Via Luigi Luzzatti 20°. Roma (32).

Pierre Moravia.—Morpeau.—24 Nuevo México. México, D. F. México.

Emilia Bernal.—C. Coello 41, Principal. Madrid (España).

Acudamos a este llamamiento:

Moscú, 22 de Abril de 1928.

Sr. Don Joaquín García Monge
San José

Estimado señor García:

Mucho le agradezco los envíos de su interesantísima revista, tan importante para los asociados de nuestro Centro Ibero-Americano.

Su favor y el de los muchos escritores e intelectuales Ibero-americanos me permite atreverse a la organización de la Exposición del libro Ibero-Americano, tan raro en Rusia. Le envío una copia de la carta circular rogándole publicarla en su digno *Repertorio* y hacer por medio de ello un llamamiento a toda la América Latina.

En Moscú se va a publicar la gran Enciclopedia Literaria, en la que colaboro, debiendo escribir los artículos sobre los escritores Ibero-americanos.

Deseando que la Enciclopedia contenga todos los datos de la literatura contemporánea Ibero-Americana, ruego por medio de su *Repertorio* a los escritores me envíen las noticias biográficas y bibliográficas, y sus retratos también.

Perdóneme, estimado colega, por esa molestia, a la que me atrevo solamente con deseo de mejor propaganda de la cultura y el arte Ibero-americanos en nuestro país.

En espera de su grata carta lo saluda a Ud. su muy afmo. amigo y admirador,

SERGIO S. IGNATOF
Presidente del Centro Ibero-Americano.

Bol. Vlasjevskiy per. 13, 8.
Moscú, 31. U. S. S. R.

La Exposición del Libro Ibero-Americano:

El Centro Ibero-Americano de Moscú está empeñado en organizar para otoño de 1928 la primera Exposición, en Rusia, de libros en idiomas, español, portugués y catalán.

La Exposición tendrá efecto en la Sala de la Academia de Ciencias Artísticas en Moscú, y será acompañada por conferencias sobre la cultura y vida artística de esos países.

Hace tiempo la intelectualidad rusa manifiesta mayor interés por la cultura y el arte de los países Ibero-americanos y la dicha Exposición llamará más la atención y será del mayor alcance en el asunto del intercambio intelectual de la Unión Soviética con esos países.

El Centro Ibero-Americano, teniendo por tarea suya la de propagar las relaciones intelectuales entre Rusia y los países Ibero-americanos, ruega a todas

las Editoriales, Redacciones de revistas y diarios, también a los escritores Ibero-Americanos que participen en la dicha Exposición y envíen sus obras y publicaciones.

La fecha terminal para los envíos es 1.º de Setiembre del año corriente.

La dirección para toda la correspondencia:

Sergio S. Ignatof. Bol. Vlasievskiy per., 13.8. Moscú, 34. U. S. S. R.

La dirección para los envíos grandes:

Académie des Sciences de l'Art. Rue Kropotkine, 32. Moscou, 34. U. S. S. R. Pour l'Exposition des livres Ibero-Américains.

La Exposición del Libro Ibero-Americano tiene el programa siguiente:

1 LIBRO

- a) poesías
- b) novelas, cuentos etc.
- c) ensayos críticos
- ch) teatro
- d) arte
- e) historia de la literatura
- f) filología
- g) música
- h) folk-lore
- i) historia
- j) ciencias sociales
- k) enseñanza
- e) filosofía
- ll) libros sobre Rusia
- m) traducciones del ruso
- n) literatura revolucionaria

2 DIARIOS

3 REVISTAS

- a) literarias y críticas
- b) científicas
- c) ilustradas
- ch) teatrales

- 4 Retratos
- 5 Autógrafos
- 6 Composiciones musicales
- 7 Carteles artísticos
- 8 Fotografías de las funciones teatrales.

SERGIO S. IGNATOF
Presidente del Centro
Ibero-Americano.

Testimonio.—En esta situación puede afirmarse que triunfarán las ideas y las aspiraciones de quienes sepan esperar sin desorganizarse. La historia de las transformaciones políticas en el siglo xx enseña sin lugar a duda que los gobiernos ineptos, y las organizaciones burocráticas ineficaces o corrompidas, no caen al impulso de la violencia extraña a ellas mismas, sino abrumadas por su propio peso: Rusia, Italia, España, sirven de clamoroso ejemplo. Por otra parte, los mismos anales de nuestra época contienen otra saludable advertencia: los sistemas caducos, las organizaciones políticas en vía de disgregación suelen adquirir nuevas prórrogas en su amenazada existencia, escuchando por excepción el grito de los pueblos y llevando a cabo las reformas que la opinión pública y las condiciones mismas de la vida en común exigen de tiempo en tiempo.—B. Sanín Cano.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI - ROBERTO F. GIUSTI
Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO
Administrador: DANIEL RODOLICO
Oficinas: LIBERTAD N.º 747.
Exterior..... » 8.00 dólares
BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista Parlamentaria
de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista
Director: JOSÉ CONANGLA
Apartado 973 - Habana, Cuba.
Suscripción anual... \$ 6.000 oro.

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Sucursal en Cartago: Esquina del Teatro Apolo

Aviso a mi numerosa clientela que acabo de recibir un surtido de casimires ingleses en todos los estilos modernos, cuento con los mejores operarios del país, también les ofrezco vestidos en abonos de ₡ 3,50 semanales, haced una visita y quedáis convencidos.

PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs al Sur de El Aguila de Oro



Lado Oeste Foto Hernández

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA